

IMPROVISACIÓN DE MANDOS EN 1936

II. TENIENTES EN CAMPAÑA

José María GÁRATE CÓRDOBA¹

LOS OFICIALES DEL FRENTE POPULAR

Los cuadros iniciales

En la situación inicial de la guerra del 36, mas de la mitad de los mandos militares quedaron en zona «republicana», pues sumando los retirados, los del CASE, reservistas y fuera del servicio, que se reincorporasen, el ejército «leal» tendría inicialmente más de 5.000 jefes y oficiales. En escalillas publicadas en junio y julio de 1938 figuraban 9.087 profesionales, pero con los de Orden Público, Aviación y cuerpos menores, llegarían a ser unos 12.000, aunque en los dos años de guerra transcurridos habría muchos muertos y depurados².

Pese a ello, al cumplirse un mes de guerra, faltaban oficiales, porque el Ejército de cada bando era superior al que tenía España antes del 18 de julio. Al principio, la necesidad de oficiales se suplía con espontáneos, y pronto, con los formados en escuelas de milicias, en especial, las Comunistas y del POUM.

Una orden de 7 de agosto de 1936, autorizó al ministro de la Guerra conceder ascensos propuestos por los jefes de columna, discrecionalmente, primero hasta el empleo de capitán y luego al de coronel. Otra, «aprobado por el Gabinete de Información y Control», concedía a los oficiales leales ascender con antigüedad de 1936 al llegase al Ministerio su calificación política del Gabinete de Información y Control. Los de máximo ardor

¹ Coronel de Infantería@.Escritor militar.

² El primer año de guerra murieron más de 500 oficiales, sólo en el Ejército del Centro. Y sólo en el Norte desaparecieron más de 300 depurados.

patriótico, con fecha de 19 de julio, y los menos entusiastas la de 1º de octubre. El informe se limitaba a anotarle «republicano», «indiferente» o «fascista», de modo que sólo ascendían, en sus dos grados, los «republicanos», con la consiguiente desorganización de las escalas. El calificativo de «fascistas» se cambió luego por el de «desafecto», lo que llevaba a expedientar al anotado, si antes no fue baja por defunción. Los «indiferentes» se *congelaban* en su escala, pudiendo hacer méritos para mejorar la calificación.

El 26 de agosto, se decretaba que los miembros de las Milicias encuadradas, ascenderían acreditados por distinguirse en combate; hasta suboficial inclusive, y se les reconocería acabada la campaña, para ingresar con tales en las unidades del Ejército que se reclutasen. Pero los empleos de oficial deberían convalidarse en las Escuelas creadas el 11 de agosto para perfeccionar a la oficialidad. Escuelas, que nunca llegaron a existir, aunque su plan fue base de las «Populares de Guerra».

Pero el problema del encuadramiento de milicianos se había producido ya, y persistiría a lo largo de la guerra, tanto por falta de mandos suyos, como de artilleros y técnicos. Para atenuarlo se convalidaron los mandos de jefes, oficiales y clases de milicias –más o menos arbitrarios– que se hicieran acreedores a ello, debidamente controlados por la Inspección General de Milicias en su capacidad militar y en su conducta social y política, reconociéndoseles oficialmente sus empleos, de sargento a comandante, y pasando a la escala activa del Ejército a partir de primeros de agosto, por decretos de 26 y 28 de septiembre de 1936.

En el mismo número de la *Gaceta*, por un decreto más trascendente, se militarizaban las milicias, «como base de la formación del futuro Ejército del pueblo», anunciando o vislumbrando ya el que se llamaría Ejército Popular, –aunque aún sin todos sus derechos y deberes– «designados o ratificados por el pueblo» como escasa claridad, decía su 1º artículo

Una vez concedido el ascenso a los más altos empleos a los oficiales procedentes de milicias, se trataba de limitarlo lo más posible, pese a lo cual, en marzo de 1939, ascendía a general de división Juan Modesto Guilloto, nombre de guerra de Juan Guilloto León.

En el tema de los ascensos de Milicias nos ilustra el caso del comandante Cordón sobre el capitán Maruca, miliciano tan valiente como andaluz cerrado, que se sentía «*un poquito amargao porque tos los que estaban a su alredeó habían ascendido y él no salía de capitán*». Y terminó pidiéndole: «*¡Écheme usted pa comandante!*» Cordón le explicó que no podía sin propuesta informada de sus jefes. Pero algún tiempo después le llegó, atribuyendo a Cordón el *echarle pa Comandante*».

Aunque la necesidad de mandos acuciaba desde octubre de 1936 al multiplicarse las unidades combatientes, el Gobierno de Madrid la resolvió «*hacia arriba*», a costa de disminuir el número de jefes de las unidades mínimas, poniendo los pelotones en manos de cabos y las escuadras en al de soldados, o sea, dejándolo a la sucesión natural de mandos, como prescribía el reglamento vigente³ cuando, al faltar todos los jefes naturales, el mando de una sección recaería en «el soldado más enérgico y decidido», es decir, por selección espontánea de las dotes de mando temperamentales.

En órdenes de 20 y 30 de octubre de 1936 «se promovía al empleo inmediato superior a todos los capitanes, comandantes, tenientes coroneles y sus asimilados»⁴. Un mes después, a un conjunto de oficiales «*cuya lealtad y adhesión al régimen han quedado bien probadas*»⁵. Allí, por primera vez en el *Diario Oficial*, la relación de ascensos era numérica y no nominal. Sin duda la urgencia obligaba al apresuramiento, a juego con la anterior aclaración, que revelaba desconocer quienes eran los oficiales muertos en los últimos meses. La gran corrida de escalas «en bruto», era ascender otros 1.120 a tenientes, incluso desde sargentos, 270 tenientes a capitanes y 50 capitanes a comandantes.

Los 1.440 ascensos eran una solución momentánea de la falta de mandos, con la que el legislador rebasaba lo previsible, dispuesto a dar empleos sin relación nominal, aunque aclaraba que, de ser preciso cubrir más vacantes, seguirían los ascensos en igual proporción, Y añadía, que si ascendiendo tenientes del Arma o Cuerpo, no cubriesen todas las vacantes, se ascendería a alféreces, brigadas o sargentos, por este orden.

En la misma disposición⁶ se suprimían los empleos de alférez, suboficial y brigada, declarándose a extinguir, de modo que los sargentos ascenderían directamente a tenientes. Las vacantes de suboficial, brigada y sargento se cubrirían desde entonces directamente por los jefes de los Cuerpos, ascendiendo a sargento sólo los cabos y soldados «bien controlados».

En su «*Historia del partido Comunista de España*», nos revela Peirats que una de las principales consignas del Partido Comunista era apoderarse de los mandos del Ejército. En abril de 1938, se nombró subsecretario del Ejército de Tierra al coronel comunista Antonio Cerdón, que, desde su puesto consiguió acentuar el predominio del Partido Una de sus primeras

³ Reglamento táctico de Infantería de 1929, artículo 308.

⁴ Órdenes de 20 y 23 de octubre de 1936 (DD.OO. núms. 215 y 219).

⁵ Orden circular de 25 de noviembre de 1936 (D.O. núm. 250, de 30-XI-36).

⁶ Orden circular de 26 de noviembre de 1936 (D.O. núm. 250), rectificada el 5 de diciembre (D.O. núm. 259, de 10-XII-36)

actividades fue agregar a su Subsecretaría, el Gabinete de Información y Control –siempre independiente– para conocer la filiación política de todos los jefes y oficiales.

Con las maniobras de Subsecretaría y el Estado Mayor –las dos riendas del Ejército– consiguió que, a mediados de 1938, los comunistas tuvieran absorbido el ochenta por ciento de los mandos. Según informe del Comisariado, desde el 23 de julio al 1 de septiembre –primer mes de la batalla del Ebro– se producían los ascensos: 12.447 de cabos a sargentos; 4.028, de sargentos a tenientes; 3.382 de tenientes a capitanes, 710 de capitanes a mayores; 74 de mayores a tenientes coroneles, y 4 de coroneles a generales. El dato tiene especial importancia por afectar a 12.000 nuevos sargentos y 14.000 nuevos tenientes en un mes.

En resumen, los sargentos ascendieron en sus unidades, previa propuesta aprobada por los jefes de sus ejércitos. En cuanto a los oficiales, hubo simultáneamente cuatro escalas:

1.-Profesionales: Los que lo eran antes de la guerra, más los cabos y sargentos ascendidos a oficiales en la campaña. **2.-De Complemento:** Los que lo eran antes de la guerra. **3.-De Milicias:** Los ascendidos a propuesta de sus Jefaturas de Milicias, del Partido Comunista o del POUM, cuyo empleo se les reconocía luego en el Ejército. **4.- En Campaña,** los procedentes de las Escuelas Populares de Guerra.

Estaba decretado que al terminar la guerra las cuatro escalas se reducirían a dos: Profesional y de Complemento y a ello se tendía cuando en los últimos días se fue confirmando en su antigüedad y empleo a jefes y oficiales de milicias, que pasaban a la escala de campaña.

Oficiales de Complemento

Es arduo investigar sobre la Oficialidad de Complemento en cualquiera de las dos zonas, ya que no tenían escalilla propia ni figuraba en los anuarios del Ejército desde 1931 en que, al variar su reclutamiento, varió también su número. El escalafón publicado en zona roja con situación de fines de junio de 1938 resulta muy útil, ya que poco podría variar la estadística tratándose de una escala cerrada durante la guerra. Sus datos apenas sugieren más oscilación que bajas anteriores y ascensos posteriores; unos y otros afectarían muy poco al conjunto, que resulta término medio aceptable. El resumen del escalafón es⁷:

⁷ A.G.L. (A-54, L-506).

	Capitanes	Tenientes	Alféreces	Total
Infantería	4	328	63	401
Caballería		57		57
Artillería	2	238	114	354
Ingenieros	5	147	65	217
Intendencia		53	34	87
TOTAL	17	823	276	1.116

Conocidas son las insistentes e inútiles llamadas a filas de los oficiales de complemento en el Ejército de *Euskadi*. Buen indicio para comprender que en mayo de 1938 sólo insistiesen en las filas del Ejército Popular 1.116 –aunque antes pudieron llegar a ser 1.250– mientras que en zona «nacional» hemos calculado unos 2.050, quedando por bajas o sin incorporar, muy cerca de 3.000 oficiales de complemento, de los que al empezar la guerra había unos 6.150.

PRIMERAS ESCUELAS DE OFICIALES

La Escuela de Guerra del Quinto Regimiento

La Historia del partido Comunista de España, muestra el anticipo comunista en formar oficiales de milicias, ya urgente al comenzar la guerra:

La República se quedó sin Ejército. El Partido Comunista no se limitó a propugnar la necesidad de uno nuevo, sino que empezó a crearlo prácticamente, apenas iniciada la guerra, con las formaciones que constituyeron el Quinto Regimiento de Milicias Populares.

En el Quinto Regimiento empezó a aplicar el Partido Comunista su política orientada a resolver eficazmente uno de los más difíciles problemas planteados en el terreno militar: dotar de cuadros de mando al naciente Ejército del Pueblo⁸.

Las memorias de Lister confirman que el *Quinto Regimiento* fue la primera unidad donde se crearon Escuelas de Formación de Mandos⁹, y Comín lo corrobora diciendo que del *Quinto Regimiento* dependieron los primeros centros de instrucción en la zona marxista ya que de él salió la Escuela de

⁸ *Historia del Partido Comunista de España*. Edición oficial del partido, páginas 141-142.

⁹ ENRIQUE LÍSTER: *Nuestra Guerra*, págs. 285-286

Mandos, que tenía carácter oficial¹⁰. Kolsov las dio por nuevas el 16 de septiembre de 1936: «Ahora el *Quinto Regimiento* ha organizado unas escuelas de Infantería y Caballería y cursos para suboficiales. Una vez por semana, el mando reúne a los comandantes de batallones y analiza con ellos los combates y las operaciones¹¹.

El *Quinto Regimiento* fue, pues, la primera unidad que organizó Escuelas de Mandos, funcionando desde poco después de crearse el *Regimiento* –julio del 36– y no sólo hasta el 10 de octubre en que fue disuelto y distribuido entre las seis Brigadas Mixtas organizadas a partir de esa fecha, al crearse el Ejército Popular, sino hasta bastante después del 15 de diciembre, cuando «se ordenó cerrar sus comandancias y concentrar en el frente todo el personal y material para ponerlo a las órdenes del Gobierno»¹².

Exagera Lister al decir, de un modo muy general, que en la Escuela de Guerra del *Quinto Regimiento* se instruyeron militarmente, en el grado que les correspondiese, miles y miles de obreros, campesinos e intelectuales»¹³. Sólo si en ellos comprende el «grado» de miliciano raso, tendría razón, ya que según los cálculos de Ramón Salas, por las filas de instrucción del *Quinto* pasaría un máximo de 15.000 hombres, nunca los 70.000 que los comunistas decían con notorio enormismo¹⁴.

Por otra parte, la disciplina, la exigencia militar y la subordinación que imperaban entre los concentrados del cuartel de Francos Rodríguez, atraía a los militares profesionales invitados por el Quinto Regimiento, que preferían mandar en aquel ambiente que en indisciplinado de otras milicias y se entregaban de lleno a su labor aplicando los métodos normales de instrucción. La política militar del Quinto Regimiento se veía favorecida por el comandante Barceló, que desde la Jefatura de Milicias propugnaba la misma tendencia. Uno de los primeros oficiales atraídos sagazmente por el Partido Comunista al Quinto Regimiento fue el capitán Manuel Márquez y Sánchez de Movellán, quien pronto tomó el mando de una de las Compañías de Acero, que llegó a ser modelo de eficacia y alto nivel de instrucción.

En realidad, el capitán Márquez estaba destacado oficialmente por el Gobierno entre los oficiales «observadores» del Quinto Regimiento, pero la realidad fue que en seguida de salir al frente mandado «la 1ª. De Acero», su actuación en los combates de la Sierra asombró a los milicianos del sector e incluso impresionó a la Comandancia del *Quinto Regimiento*, hasta el

¹⁰ EDUARDO COMÍN COLOMER: *El 5º Regimiento*, pág. 170.

¹¹ MIJAIL KOLSOV: *Diario de la Guerra de España*, pág. 90.

¹² DOLORES IBABURRI Y OTROS: *Guerra y Revolución de España*, II, pág. 305.

¹³ LÍSTER: O. C., PÁG. 62.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 146.

punto de incitarla a formar otras once «Compañías de Acero» en las que se promovía a los mandos intermedios a quienes se habían distinguido en los combates. Con ello progresaron las posibilidades organizadoras del *Quinto Regimiento*, puesto que los mandos subalternos –elemento clave– habían pasado por el tamiz de las Compañías de Acero»¹⁵. En ellas surgió muy pronto el primer oficial femenino. El 14 de septiembre de 1936 informaba *Mando Obrero* de que entre los oficiales de la Brigada de la Victoria, del *Quinto Regimiento*, «vencedora en Peguerinos», regresaba a Madrid «la camarada Juanita, como teniente de una compañía»

Comín añade¹⁶ que su método pedagógico atendía con preferencia al conocimiento psicológico de la tropa, para que el futuro oficial pudiera, anticiparse a cubrir cualquier necesidad o impedir alguna irregularidad previsible. En táctica, se procuraba completar las enseñanzas teóricas con multitud de publicaciones, en las que se desarrollaban temas de ofensiva y defensiva, tratando de crear en los alumnos una mínima elasticidad de criterio táctico, para resolver incidencias del combate.

Empleaban términos de moral militar, tan clásicos, que sugieren la doctrina normal en las otras trincheras. Desde los primeros días se echaban en falta mandos intermedios, oficiales y suboficiales, que encuadrasen la tropa dándole seguridad en sus jefes y en la disciplina, capaces de conducirla y sostenerla en cualquier situación táctica y moral. Comprendiendo el *Quinto Regimiento* que los mandos intermedios sólo se improvisan hasta escalones la compañía, no envió al frente unidades mayores. Las «compañías de Acero» eran su tipo, de las que, ya fogueados, se elegían los mandos subalternos entre quienes gozaban de prestigio sobre sus camaradas, con dotes de mando naturales.

No debía ser muy retrasada la fecha de la creación de Las Escuelas que Kolsov vio el primero en septiembre de 1936, pues aún eras nuevas en un suelto que *Mundo Obrero* publicó el 8 de octubre, como pulido en fondo ético, aunque alguna relación debió tener con ella el suelto que *Mundo Obrero*, diario del partido, publicaba el 8 de octubre, como pulido en fondo ético, aunque de imprecisión tal vez premeditada, para parecerlo. Decía así:

«Podemos disponer de magníficos cuadros de oficiales. La lucha misma ha creado una gran cantidad de oficiales populares... Estos oficiales forjados en la lucha constituyen hoy un rico vivero para extraer de él la oficialidad del nuevo Ejército popular. Desde el punto de vista de los conocimientos teóricos no son ciertamente inferiores a los oficiales que se han

¹⁵ LÍSTER: *Ob. Cit.*, pág. 64.

¹⁶ COMÍN: *Ob. Cit.*, pág. 143.

sublevado contra España, porque a pesar de su especialización profesional, los antiguos oficiales tenían una cultura específica bastante rudimentaria. Poseen, en cambio, experiencia de la lucha, dotes de mando, concepto de la nueva disciplina, una noción justa y heroica del deber y una inquebrantable lealtad a la República democrática... Un Ejército mandado por estos oficiales será el conquistador invencible de la victoria y el fiel sostenedor de la libertad, el bienestar y la paz del pueblo».

He subrayado un par de conceptos llamativos. Porque es rara y muy poco usual en la terminología marxista esa expresión de que los rebeldes se subleven «contra España», término más bien nacional y tradicional del vocabulario castrense. En segundo lugar, esa exaltación de la disciplina según un nuevo concepto, difícil de comprender, porque la disciplina, si es tal, admite muy pocas variantes.

El diario *Mundo Obrero*, lo mismo que el *Quinto Regimiento*, seguía fielmente las consignas del Comité Central. El viernes 6 de noviembre de 1936, aparecía un nuevo artículo insistiendo en el tema, aunque ahora lo firmaba «Un comunista militante», lo cual equivalía a un editorial:

Un problema que urge resolver: Nuestros cuadros de mandos intermedios. Insistimos: Nuestro Ejército necesita urgentemente mandos intermedios seguros y capaces. Estos cuadros se crean, no se improvisan. Pero cuando el enemigo está en las puertas de Madrid, no hay diferencia apreciable entre los dos conceptos. Los minutos valen más, y es inútil prescindir de muchas cosas...A pesar de todos los buenos propósitos, aún no disponemos de los cuadros de oficiales que necesita el Ejército. Propongámonos tenerlos en seguida. Si ello exige improvisación, se improvisan. La victoria será el mejor premio a éste y a todos nuestros esfuerzos.

Hay que insistir en un dato importante que aporta la historia dirigida por la Pasionaria. En ella se lee que cuando el 10 de octubre de 1936 publicó el Gobierno el decreto de creación del Ejército Popular, de los seis jefes nombrados para organizar las seis primeras Brigadas, cuatro eran comunistas del Quinto Regimiento, incluido el jefe, Enrique Líster, para la 1ª Brigada. Todas se formaron con personal del Quinto Regimientos. A fines de diciembre se habían incorporado ya a las filas del Ejército Popular más del setenta por ciento de las fuerzas del Regimiento, y el resto continuó haciéndolo paulatinamente¹⁷. Comín nos informa de que el Quinto Regimiento quedó definitivamente integrado en las fuerzas regulares el 27 de enero de 1937 y quienes eran sus mandos pasaron a disposición del ministro para ser incluidos en las

¹⁷ IBABURRI Y OTROS: O. c., págs. 298-299, t. I.

unidades sometidas a reorganización¹⁸. Pero, pese a ello, aún subsistieron algún tiempo las Escuelas de Mandos del Quinto Regimiento, con carácter independiente, aunque con reconocimiento oficial.

Sólo vimos una obra de ambiente histórico en cuyas notas ambientales donde se adivina autenticidad de fondo donde dice:

«Para el primer ensayo debía bastar, siempre que se inyectara en los alumnos un fuerte espíritu de disciplina y buen orden. Consideraron ese aspecto el más importante y el más difícil, dadas las circunstancias. Hombres hechos y derechos, con una formación política de base antimilitarista, tenían que someterse a muchas obligaciones rutinarias, que sin duda estimarían odiosas, y su reacción podía dar mal ejemplo. Habilitaron para escuela una casita alegre y bien situada, en el centro del sector que iban a guarnecer y llevaron del grupo escolar Concepción Arenal pupitres, mapas, encerados y el material más preciso...»

La referencia junto a ese Grupo Escolar, es por sí, definitiva.

El Comisario les habló con tono severo: «Os recuerdo que han entrado vuestro comandante y vuestro profesor, y que esto es un acto de servicio. Habéis venido aquí para aprender, más que nada, disciplina. Y la disciplina, no lo dudéis, comienza por el respeto a los mandos y por el cuidado de las maneras que los soldados vean en vosotros. Podéis sentaros.»¹⁹

Escuela Popular C.N.T.-F.A.I.

Su Reglamento Interior se publicaba el 9 de agosto de 1937 en Barcelona, sede de la Escuela. En su introducción justifica su existencia política:

«Para garantizar la lealtad de los oficiales que vayan saliendo de nuestras organizaciones deben procurar que los compañeros jóvenes acudan a esta escuela Popular, con lo cual se logrará que los mandos estén en manos de revolucionarios auténticos.

Para que nuestros compañeros no tengan dificultades en los exámenes de ingreso, se ha creado esta Escuela Popular, en la que podrán ingresar alumnos de 21 a 45 años.

Merece destacarse su expresivo léxico, patente en cada artículo:

Artículo 9º. Se evitará por cuantos medios sea posible el que se efectúen inscripciones en las paredes de cualquier departamento.

¹⁸ COMÍN: O.c., pág. 147.

¹⁹ JACQUES DE GAULE: *Las horas decisivas de la guerra civil*. Edit. Círculo de Amigos de la Historia. Madrid, 1973, t. I, de «La batalla de Madrid», páginas 190 y 215

Los alumnos deberán estudiar lo máximo posible, ya que cuanto más sepamos y estudiemos más fructífera será nuestra labor.

*Artículo 10°. Toda falta de **moralidad o respeto** entre los alumnos será duramente castigada. El compañero que se aperciba de algún acto inmoral cometido por otro u otros compañeros, deberá comunicarlo inmediatamente a la Dirección.*

Artículo 14°. Horario de comidas: Almuerzo a las 7 de la mañana –Cena a las 8 de la noche.

Salida de 6 a 8 de la tarde. Procurando estar de vuelta a las 8; y después de cenar procurarán desalojar los comedores.

Debían ser muchos los «letreros» en las paredes para tener que prohibirlos en la orden. Y resultaban raros, blando o inútiles, tales esas recomendaciones tan blandas e inútiles tales «*procuramientos*», más indicados para una abadía. Poco lograría el Director, sin resortes más incentivos y represivos.

El programa de asignaturas «teóricas» era: Las cuatro Matemáticas, Gramática. Literatura. Geografía. Historia. Nociones de Física, «y las que se requieren para ingreso en la escuela Popular». Desconcierta un tanto, ver un curso «de campaña» y «urgente», con estudio de materias «de adorno», como Gramática, Geografía e Historia. En el programa, comprendemos el porqué de las dos últimas. Su esencia geohistórica está clara: «Historia de las revoluciones más importantes: francesa, rusa, mejicana y portuguesa». Eso explica su interés, militar pero más, para «tenientes en campaña» de la C. N. T. –F. A. I. T.

Debió ser ya en 1938 cuando la Escuela de Barcelona hubo de fraccionarse, como las escuelas de mandos en los Cuarteles Generales de Grados Unidades. Una instrucción de la Escuela lo razonaba y organizaba: *Los obstáculos crecientes impiden que muchos compañeros se desplazar a Cataluña, por lo que se van a crear Escuelas en los lugares más convenientes. En Barcelona. –Para los de 16 a 18 años, tendiendo a preparar para Artillería, Transmisiones e Ingenieros. En los frentes. –A) En Alberto Bajo, la escuela de Aplicación y Enseñanza de la 28 División. Según se van creando otras...*

La Escuela «Carlos Marx»²⁰

Joaquín Almendros, secretario político-militar del Partido Comunista en Barcelona, decidió que los jóvenes comunistas de la J.S.U. con dotes suficientes debían obtener un mínimo de conocimientos militares, para asumir el mando de las unidades catalanas de sus milicias, en los frentes o en organización.

²⁰ Datos de RAFAEL MIRALLES BRAVO en sus *Memorias de un comandante rojo*. Edit. San Martín. Madrid, 1975, págs. 69-75.

Así nació en agosto de 1936 la Escuela «Carlos Marx», instalada en el cuartel de Jaime I, al que se había cambiado el nombre por el del padre del marxismo. Organizada por el Partido Socialista Obrero Unificado (PSOU) estaba bastante bien dotada de material, medios y personal. La dirigía un comunista griego, Papai Ecónomo, que había vivido mucho tiempo en Hispanoamérica, a juzgar por su preciso español y su acento suramericano.

Gran parte de los profesores eran militares profesionales. Las clases de marxismo las daba el Director, pero además había largas conferencias periódicas sobre política a cargo de personajes relevantes del Partido: Víctor Colomer, Ángel Estivil, Juan Camorera, Miguel Valdés y otros; algunos, como el capitán de Infantería Álvaro Motta de la Fuente, que explicaba Armamento y Explosivos, pasaron luego a la Escuela Popular de Guerra de Barcelona, en la que Motta estuvo a punto de ser fusilado por la acusación de ser un fascista del «Socorro Blanco».

El responsable militar de las instalaciones del cuartel «Carlos Marx» era el teniente coronel López Tendero²¹ que contaba con una suficiente plantilla de oficiales y suboficiales también profesionales. El comisario era José Fusiñañas Fábregas veterano del PSOE muy inclinado al comunismo.

A la Oficina de Reclutamiento del cuartel «Carlos Marx» acudían extranjeros para las B.I. que inmediatamente marchaban a la base de Albacete. A los voluntarios españoles que llegaban con buenos avales del Partido y mediana cultura, se les nombraba oficiales o suboficiales de las «centurias» que allí se formaban. Los promovidos a oficiales pasaban a la Escuela para seguir en ella un curso de dos meses.

El primer curso de formación de oficiales empezó hacia el 15 de agosto y al mes, hacia el 15 de septiembre, el comandante José del Barrio, Jefe de la División «Carlos Marx», desde el frente de Huesca, pedía con urgencia que la Escuela le enviase oficiales, con urgencia, pues, al parecer, preparaba una gran operación.

Escuelas de Oficiales de las Juventudes Socialistas Unificadas

El avance de los nacionales sobre Madrid produjo a finales de octubre de 1936 una excitación en las fuerzas frentepopulistas, traducida en una efervescente actividad. Los Sindicatos y otras organizaciones obreras excitaban

²¹ Aquí parece haber algún error de Miralles, pues en los Anuarios Militares de esos años (1931-1936) no consta ningún oficial profesional de esos apellidos. A lo sumo podría ser que ése fuese un segundo apellido compuesto, faltando el primero, o que en 1936 fuera suboficial el que cita como teniente coronel.

a la formación de unidades, pero la orden publicada en el *Diario Oficial* de 20 de octubre, limitaba a 30.000 el máximo de milicianos en el frente del Centro, no considerándose combatientes quienes lo rebasasen.

De aquella orden partía el encuadramiento de mandos de milicias, considerablemente necesario..

Tal limitación fue voluntariamente ignorada por los sectores políticos. La Federación Nacional de J.S.U. convocó cursos para formar oficiales de milicias. Desde que se ordenó que los jefes, oficiales y suboficiales milicianos pasasen a los cuadros del Ejército, se observó su escasísima preparación, y el Partido Comunista se empeñó en explicar las causas. Rápidamente improvisó la Escuela Militar en la calle del General Oráa, sede de la Federación y del Secretariado de Milicias, siendo Director de ella el teniente coronel Adolfo Prado Vázquez.

En realidad la Escuela era para perfeccionar la formación de los ya oficiales, puesto que, los aspirantes debían acreditar que ya mandaban unidades de milicias. Pero en realidad constituyó un centro de selección de miembros del Partido o de la organización juvenil que convocaba los cursos.

Estas escuetas noticias que nos da Comín²² son la única referencia escrita que hemos encontrado de las tales Escuelas organizadas por el Partido Comunista, que seguían en importancia a las del Quinto Regimiento.

LAS ESCUELAS POPULARES DE GUERRA

Un decreto firmado por Largo Caballero el 15 de septiembre de 1936 anunciaba cursos para promover oficiales, once días después de la convocatoria de oficiales provisionales en la España de Franco. Su preámbulo y su espíritu tenía una notable similitud con ésta: «aprovechar el entusiasmo, vigor y aptitud, conocimientos profesionales y estudios de las distintas profesiones civiles, de los que en universidades, escuelas especiales y en el Ejército o Institutos aspirasen a obtener un título, mediante un pequeño curso de información o práctica»²³. Su duración variaba según los títulos, los conocimientos y la instrucción de los aspirantes. Para los bachilleres y maestros sería de uno a tres meses. Se reducía a un curso de información de veinte días para los oficiales de complemento, suboficiales profesionales, guardias civiles, de Seguridad o carabineros, que hubiesen sido suboficiales en el Ejército, estudiantes de ciencias, ingeniería y ayudantes de ingenieros y peritos. Los que

²² COMÍN: *Ob. Cit.*, pág. 280.

²³ Decreto de 15 de septiembre de 1936 (D. O. núm. 86)

tuviesen título superior serían promovidos a tenientes; los demás, a alféreces, pero unos y otros con carácter eventual, debiendo revalidar su empleo al final de la guerra quienes desearan continuar la carrera militar.

A la semana siguiente²⁴ se creaban tres **Centros de Instrucción** para formar o perfeccionar el mando de oficiales del Ejército y de Milicias: de **Infantería y Caballería**, en Carabanchel; de **Artillería**, en Campamento, con Sección de **Costa** en Cartagena; de **Ingenieros**, con sección de **Transmisiones** en el Centro de Transmisiones, y de **Zapadores** en Retamares. Con todo a punto de iniciar, fracasó también, pues las vanguardias de Varela tomaron los edificios.

Ya el 5 de octubre se había recibido un lote de instancias «para ingreso en la oficialidad del Ejército», y en días sucesivos aumentaba progresivamente el número de solicitantes entre los que abundaban los maestros²⁵.

Tras tres fracasos, el 25 de noviembre se creaban las Escuelas para Oficiales que iban a llamarse *Escuelas Populares de Guerra*²⁶ y en enero de 1939 cambiarían al de *Escuelas de Mando y Enseñanza*. El general comunista Antonio Cordón, describió en sus Memorias²⁷, el nacimiento de estas Escuelas:

Apenas llegaron a Valencia los miembros del Gobierno de Madrid se crearon las Escuelas para oficiales de Infantería e Ingenieros y la de Artillería –las dos en Valencia–, y se fusionó la dirección de las de Cataluña con éstas. El coronel Asensio disentía de los programas y la organización de las Escuelas, duración de los cursos, etcétera, con el dirigente anarquista García Oliver, que había sido nombrado ministro de Justicia y, quién sabe por qué encargado también de dirigir las Escuelas Miliare. Él, se mostró siempre comprensivo, apoyando las ideas de la unidad y la disciplina, y no se negó a materializarlas en las escuelas, donde ya empezaba a predominar el partidismo de sentido anarquista y la demagogia. Las Escuelas se establecieron inicialmente en localidades de Valencia:

La n.º 1, de Intendencia, en Porta Celi (Valencia)

La n.º 2, de Artillería, en Lorca (Murcia) y luego en Almansa (Albacete).

²⁴ *Gaceta* del 7 de octubre.

²⁵ En el Archivo de los Servicios Documentales de Salamanca; las primeras en F-24 y las segundas en CU-19 a 21. Curiosamente una de ellas va fechada, por error, el 8 de septiembre de 1936, lo que en principio me hizo pensar en algún avisado firmante que se anticipaba a solicitarlo al primer rumor de la futura convocatoria.

²⁶ Orden circular de 25 de noviembre de 1936 (D. O. núm. 248), creando en Valencia la Escuela para Oficiales y declarado a extinguir la Escuela Antifascista. Todos los documentos del A.G.L. relativos a las Escuelas Populares de Guerra se encuentran en «Documentación Roja», sección 2.ª, apartado 1.º (A-55, L-519, C-2).

²⁷ *Trayectoria*, págs. 282-283.

La n.º 3, de Infantería y Caballería, en Paterna (Valencia).

La n.º 4, de Ingenieros, en Godella (Valencia).

La n.º 5, de Artillería, en Gijón.

La n.º 6, de Infantería, en Bilbao.

Al día siguiente se publicaba una circular sobre las condiciones de ingreso en las Escuelas de Instrucción para Oficiales²⁸, cuya parte expositiva decía así:

«...prosiguiendo el Gobierno su labor de rápida creación de los centros de instrucción para la oficialidad del nuevo ejército, en los que con carácter práctico y urgente que las circunstancias demandan, se proporcione a los futuros oficiales los conocimientos indispensables para el desempeño de misiones militares de campaña, para sustituir así con elementos populares adictos al régimen desleales, se ha dispuesto la creación de las Escuelas de Infantería, Caballería y Artillería para oficiales y Escuelas de Ingenieros, Transmisiones del Ejército, que se ajustarán al Estatuto que se establece.»

«Se anunciarán convocatorias con arreglo a las necesidades. Podrán concurrir todos los ciudadanos que posean un título facultativo o docente de Centros en que se den conocimientos no inferiores en cuanto a las ciencias exactas se refiere, al plan del Bachillerato.

Todos deberán someterse a un examen de ingreso para demostrar estos conocimientos. Se precisa el aval político de las organizaciones políticas u obreras y certificado facultativo.

En cada convocatoria se señalará la edad, la dirección de cada Centro, procedimiento de examen; se clasificarán los aspirantes en tres grupos, sometiéndolos a los cursos intensivos y prácticos, de veinte, cuarenta y sesenta días de duración.

El examen de ingreso consistiría en una demostración de conocimientos matemáticos elementales y prácticos. Como consecuencia del examen se formarían tres grupos de aspirantes según sus conocimientos, sometiéndolos a cursos intensivos de veinte, cuarenta y sesenta días de duración, respectivamente. Al final habría un examen práctico para cada grupo, pudiendo los no aptos repetir el curso una sola vez.

Los ingresados en las Escuelas quedarían «sometidos a régimen de internado y disciplina militar en toda su integridad» y considerados como milicianos militarizados, con análogos derechos y deberes que los referidos ciudadanos». Los aprobados serían promovidos al empleo de «tenientes en campaña» del Arma o Cuerpo, colocándose en las escalas respectivas detrás de los sargentos con más de dos años de antigüedad, una vez que éstos

²⁸ Orden circular de 28 de noviembre de 1936 (D. O. núm. 250, de 30-XI-36).

hubieran pasado a tenientes por la supresión ya acordada de las categorías intermedias de brigadas, suboficiales y alféreces. Los *sargentos con menos de dos años* podían concurrir a los Centros de Instrucción como tales alumnos, sin más que acreditar por medio del aval político su lealtad al Régimen y sus servicios militares a partir del 19 de julio y *colocándose en las escalas en cabeza de sus promociones* si el resultado de los exámenes les fuese favorable. Finalmente se añadían unas observaciones pedagógico-morales del mayor interés: En todas las Escuelas se dará a los alumnos una enseñanza que tienda, de un modo práctico, tanto a conseguir una preparación técnica eficiente como una nueva moral militar que, teniendo como base una severa disciplina, inculque en los alumnos, como deber primordial, el de servir con firme, continuada y consciente lealtad al pueblo español²⁹. Lo firmaba Largo Caballero en Valencia el 28 de noviembre de 1936. Otra circular³⁰ daba instrucciones sobre la continuación del curso para cubrir 200 plazas de milicianos aspirantes a oficiales de Artillería, anunciado el 24 de noviembre y que se desarrollaba en la Escuela Antifascista de Valencia.

Las Escuelas tenían sus problemas de coordinación, unidad de doctrina e incluso de rivalidad profesional y técnica. Por eso se creó en Valencia la *Delegación e Inspección General de Escuelas Militares* el 7 de diciembre³¹. El Delegado e Inspector General, con tres subdelegados y personal auxiliar. Asumiría todas las facultades que le diese el de inspección que le delegase el ministro y la de delegar en las Escuelas a cualquier «*técnico militar*», fuese o no de plantilla. Eran los tiempos de prestigiar a los jefes y oficiales con el eufemismo de *técnicos militares*, para evitar recelos antimilitaristas de los milicianos.

Inmediatamente, se nombraban los directores de las Escuelas, aunque en principio también bajo el título de delegados en ellas, quizá disimulando el nombre de director por lo que pueda tener de independencia y autonomía, entonces mal visto, lo que hacía insistir cada vez en el carácter de mera delegación.

En general, los testimonios y noticias directas dicen que los profesores de las Escuelas Populares eran preferentemente oficiales profesionales mutilados.

Sin que de momento se especificasen con detalle las actividades de las Escuelas, pendientes de reglamentación, se precisaba para el nombramiento del comandante Plaza lo necesario para la dirección general de la Escuela,

²⁹ Orden circular de 28 de noviembre de 1936 (D. O. núm. 250, de 30-XI-36).

³⁰ *Ibidem*.

³¹ Orden circular de 7 de diciembre (D. O. núm. 258, de 9-XII-36), rectificada en D. O. núm. 259, de 10-XII-36)

«recayendo, por tanto, en él el mando militar, la dirección, control y orientación de la enseñanza y de su espíritu antifascista».

La figura del comandante de Infantería Juan Plaza Ortiz, queda triplicada *en cargos* en un solo *Diario Oficial*, al nombrarle delegado de la Escuela de Infantería, sin cesar de subdelegado en las Escuelas Populares de Guerra y profesor de plantilla de la Escuela Popular de Cataluña, con inevitable don de ubicuidad. Había sido profesor de la Academia de Toledo y académico de la Internacional de Ciencias y Letras de Nápoles, pero se le conocía militarmente como autor del manual para *El Juez Instructor* y más, de la *Guía para administrar una Compañía*, textos militares desde los años veinte, ésta, dedicada al general Gil Yuste, y declarada de utilidad por real orden de 1920 y con cruz blanca en 1921. La 3ª edición en 1940, la usaron los Oficiales Provisionales.. La *Generalitat* le hizo redactor del proyecto de *Código Penal del Ejército del Proletariado* y la *Ley de enjuiciamiento militar*, para Cataluña.

El 8 de diciembre de 1936, el Ministerio generaliza el título de «Popular» de la Escuela de Cataluña, ordenó el 8 de diciembre de 1936 que todas las Escuelas militares se llamasen Populares de Guerra³².

Se reorganizaron el 26 de agosto de 1937, reduciéndose a una sola³³ centrada en Paterna (Valencia), sobre la que fue de Infantería, Caballería e Intendencia. Suponía incorporar las de Artillería e Ingenieros, como una academia general de urgencia con secciones:

1ª;Infantería/2.ª;Artillería/3ª;Intendencia/4ª;Ingenieros/5ª;Transmisiones.

Además, los carristas, de todos los empleos se formaban en las Escuelas de Tanques de Archena (Murcia) y Cuart de Poblet (Valencia).

En los cuarteles generales de Ejército y Jefaturas de las zonas de retaguardia se organizaban cursos obligatorios para jefes, desde mayor a general, en los que se les capacitaba para el mando desde división hasta Ejército y a los capitanes y mayores para los de Batallón hasta Brigada³⁴. Según Líster, por las Escuelas de Aplicación, tanto como por las Populares, pasaron gran parte de sus mandos inferiores y medios³⁵. Consta que en enero de 1937 se había fundado en Barajas (Madrid) la Escuela de Aplicación del Ejército del Centro, y que en ella se celebraron muchos cursos para jefes y oficiales de milicias, así como para mandos de Batallón a Brigada.

A estos centros se fue destinando como profesores a un número cada vez mayor de oficiales profesionales, cuyos puestos en campaña ocupaban los de milicias. La gran envergadura dada la enseñanza militar, sin regatear

³² Orden de 8 de diciembre de 1936. (D. O. núm. 258).

³³ Orden de 26 de agosto de 1937 (D. O. núm. 207, de 28-VIII-37).

³⁴ RAMÓN SALAS: H. E. P. R., págs. 1.152-53.

³⁵ LÍSTER: *Nuestra Guerra*, pág. 285.

medios, absorbió grandes presupuestos. Según Ramón Salas, a quien sigo en sus datos, se obtenían unos resultados tan buenos como permitían la premura de tiempo y la escasa cultural de gran número de los alumnos. ***En cuanto al tiempo, recordemos que algunos alumnos de las Escuelas Populares pasaban hasta seis meses*** en ellas, y que la preparación era para muchos el título de bachiller o maestro. No fue ése el mayor defecto de los «oficiales en campaña», pero sí el de los de milicias. Como ya dijimos, ***fue más la dicotomía entre el oficial y el comisario, que pretendía separar el cuerpo del alma en lo militar***. Para superar la incultura de muchos aspirantes, en noviembre de 1937, se creó la Escuela General de Enseñanza Militar³⁶, donde los milicianos de cultura elemental efectuaban un curso de cuarenta días preparatorio para las Escuelas Populares de Guerra.

Escuela Popular Nº 1: Infantería, Caballería e Intendencia

Creada inmediatamente que la de Artillería³⁷ se inauguró el 18 de diciembre de 1936, siendo su primer director el comandante Juan Plaza. Nombrado el 8 de diciembre³⁸ y diez días después firmó la primera orden. Le substituyó pronto el coronel don Manuel Pérez Salas.

La única convocatoria de la que ha quedado constancia en el A.G.L.³⁹ es la tercera, de 20 de diciembre de 1936, para cubrir 400 plazas, por oposición en la Escuela Popular de Guerra de Infantería, Caballería e Intendencia. Las condiciones exigidas eran las habituales.

Los aprobados permanecían en régimen interno durante veinte días en un Curso Preparatorio, con examen final. Los aprobados pasaban normal, de Aplicación, de cuarenta días, o veinte, en el *Curso Corto* para quienes sus profesores, juzgasen con suficiente aptitud, base, y capacidad para llevarlo a cabo, y los suspendidos en el de Aplicación podrán repetirlo una vez, con un Corto de diez a veinte días como máximo.

En sus memorias nos dice Miralles Bravo que la Escuela Popular de Guerra número 1, tenía por Director al teniente coronel don Antonio Valle-spí Terrasa, que empezó la guerra como teniente de Carabineros y, según Miralles, era «un viejo algo chiflado», obsesionado con la «teoría del equilibrio psíquico del soldado», y creador de un curioso método de instrucción que incomprensiblemente llamaba «socrático», pese a lo cual no resultaba

³⁶ Orden de 18 de noviembre de 1937 (D. O. núm. 278, de 19-XI-37).

³⁷ Orden de 8 de diciembre de 1936 (D. O. núm. 258, de 9-XII-36).

³⁸ Otra orden de 8 de diciembre de 1936 (D. O. núm. 258).

³⁹ Orden de 20 de diciembre de 1936 (D. O. núm. 275, de 29-XII-36).

malo. Sobre todo, se justificaba su desprecio por el orden cerrado en una instrucción que buscaba la eficacia en el combate. El la llevaba al extremo de que los ejercicios se hicieran con fuego real de la tropa, incluso con carros y artillería, aunque a diario había algunas bajas de los reclutas, con la ventaja de quedar bien instruidos y fogeados en un mes.

Entre los profesores, volvía a dar clase allí el comandante Motta, que nombró auxiliar suyo en tiro al teniente Miralles, procedente de la Escuela «Carlos Marx». Pudo necesitarle para aquel centenar largo de alumnos jefes y oficiales de milicias que eran allí alumnos, poquísimos con cierta cultura y la mayoría semianalfabetos. Según Miralles, el comandante Motta era hombre de gran vocación militar y docente. Pese a sus buenas cualidades de profesor, mostraba extraordinaria paciencia para explicar álgebra, trigonometría y reglas de tiro, a gentes que malamente sabían multiplicar. El ser apolítico le vino haciendo sospechoso al comisario y, por suerte, permaneció en la Escuela hasta que entraron las tropas nacionales en Barcelona. Acaso era del Socorro Blanco.

Miralles salió de la Escuela el 1 de septiembre de 1937, a los cuatro meses de ingresar, con despacho de comandante, donde constaba «haber seguido el curso de capacitación para mandos Superiores».

Los 702 alumnos hicieron veinte días el 2.º Curso Común, en 18 Secciones de clase, de 39 alumnos cada una. De los 381 de Infantería del Curso de Ampliación, 279 fueron tenientes el 1 de febrero de 1937. 102 no aprobaron. El 3 de febrero del 37 aún promovió Valencia 109 alumnos de la que fue Escuela Antifascista, promovidos, dos de ellos en la inmediata, como su tercera promoción, la cuarta del escalafón. Acabaron en la Popular de Guerra por el nuevo plan.»⁴⁰

En la orden de aquella Escuela abundaban las advertencias de educación elemental, que reflejan el tono de los alumnos. El 3 de mayo se prohibían los letreros en las paredes, advirtiendo que ése era «un vicio que desprestigia» a la colectividad. A partir del día siguiente se cambiaban a los alumnos las vendas caqui por polainas tintadas de color tabaco, lo cual les daba mayor prestancia, pero les afectaba moralmente la determinación del 11 de mayo en vista de que «muchos alumnos estaban en descubierto en sus pagos» en la Escuela, disponiendo que a partir de entonces abonarían en caja la cuota de un mes anticipado, para responder a cargos. Trece días después también censuraba el Director en la orden que «muchos alumnos prescinden de la prenda de cabeza en servicio, y más en paseo», ¿Más o menos en descubierto que los anteriores? Más: «es cosa que se castigará severamente». Si esas faltas

⁴⁰ Orden de 3 de febrero de 1937 (B. O. núm. 30, de 4-II-37).

eran tan comunes, también otras de magnitud contra la ejemplaridad que, por discreción, se corrigieron sin publicarse. A los alumnos les hizo gracia ver en la orden: «Hoy, a las veintitrés horas, se adelantarán una hora los relojes, cosa que, dicha tan imperativamente, se prestó a que algunos alumnos ironizasen las facultades mágicas del director, un moderno Josué que jugaba con el tiempo. En el archivo de Salamanca sólo ví la minuta de comida, para el 29 de abril de 1938, de interés por la parquedad, el arrocismo y de hambre comparada con el lujo de Euskadi. Esta del 28 de abril decía:

Menú para mañana

Desayuno: *Café*

Primera comida: *Arroz con habas. Ensalada. Postre y vino*

Segunda comida: *Arroz con judías. Carne a la jardinera. Postre y vino*

Aquel día se prolongó el paseo hasta las ocho y cuarto.

No he recontado el número de tenientes de las promociones escalafonadas el 1.º de julio de 1938, y aprovecho los números del escalafón. Pero en éste no figuran los que causaron baja desde su promoción hasta esa fecha. Lo que supone que de la Escuela salieron un quince por ciento más tenientes de los que figuran en el escalafón. No consta cuando se separó de la antigua Escuela número 3 de Valencia la *Escuela Popular de Intendencia*, Para ir a instalarse en Porta Celi. Tal vez, en Navidad de 1936.

La primera de Intendencia, con seis tenientes promovidos, tuvo como número uno de la escala a Mariano Serrano Germán, ascendido a «Capitán en Campaña» por méritos de guerra el 22 de abril de 1938. Su historial militar debía ser brillante, pues el 1.º de abril de aquel año figuraba en la escala del Cuerpo nada menos que como jefe de los Servicios de Intendencia del Ejército de Tierra. La segunda promoción fue ya de 18 tenientes, y la tercera, tal vez la más numerosa, de 86, promovidos el 11 de abril de 1937. Las últimas, con seis tenientes, salieron los días 9 y 13 de enero de 1939.

El primer «Teniente en Campaña» de la *Escuela de Caballería* fue Crescencio Chesa del Cid, en una promoción de sólo dos tenientes. La segunda fue de 15 y la quinta, la más numerosa hasta finales de junio de 1938, fue de 39 tenientes en campaña. Las últimas promociones, con 16 tenientes, salían de la Escuela el 15 y 18 de julio de 1938.

No hay datos recogidos sobre los cursos para ascenso a capitán, aunque después de lo visto para tenientes, su estudio no ofrece gran interés y puede imaginarse cómo se desarrollaron por similitud con aquéllos. En cambio, queda como nota curiosa la adición a la orden de esta Escuela Popular de Guerra número 3, de 29 de diciembre de 1937:

Escuela Popular de Guerra Nº 2: Artillería

Nació de una preocupación de Nicolai Voronov (alias «Volter»), general soviético de Artillería, luego mariscal, que publicó sus memorias. Había llegado a España como «asesor soviético» en septiembre de 1936, marchó a Valencia con el Gobierno de Madrid en noviembre, fue jefe de Artillería de la República y –según Alcófar– aún le quedaba tiempo para muchas más cosas, entre ellas, fundar academias de Artillería en Almansa, Chinchilla y Alicante. Una de sus primeras críticas se incluía en su informe a Largo Caballero, jefe del Gobierno y ministro de la Guerra, acaso aquel mes, o antes:

«La preparación de jóvenes oficiales en las Escuelas de Artillería no está en consonancia con las exigencias del frente: En los programas de estos centros no figura la lucha de la artillería contra los tanques del enemigo, ni se estudian las cuestiones de su cooperación con nuestros carros, tratándose, en cambio, por ejemplo, el estudio e el empleo del proyectil de metralla» (*scrannell*), que por orden suya ya no se fabrica⁴¹. Como no tiene fecha del documento, no sabemos si alude a las Escuelas Populares o a la anterior Escuela Antifascista, más probable parece lo segundo, ya que fue el mismo Voronov el creador de las Escuelas y se supone que de sus programas. Él mismo escribe que en el invierno de 1936 a 1937 se organizaron Centros de Instrucción Artillera en Almansa y Chinchilla, que aún no eran las Escuelas donde se formaban urgentes baterías, terminando los cursillos con ejercicios de tiro real. La noticia no dice si se instruían oficiales o tropa. Tras casi dos meses de «tira y afloja» para convencer a los mandos militares de crear una escuela de jefes de sección de Artillería, se inauguró la de Lorca, en la que «empezaron a estudiar, un programa breve, 273 jóvenes, fieles al poder republicano, que ya tenían preparación». En el *Diario Oficial* se nombraron sólo 232 alumnos⁴², donde se ve, como en tantas noticias, que el recuerdo de Voronov era memorístico y difuso.

La creación de tales centros fue el 24 de noviembre de 1936, un día antes de nacer las Escuelas, se anunciaban los alumnos de Artillería, el arma que más preocupaba, por lo difícil de improvisar oficiales con la técnica indispensable. Esta necesidad se justificaba en el preámbulo de la orden por la escasez de mandos subalternos para el nuevo Ejército, dicho ahora en expresión particularizada a la Artillería, en la siguiente forma:

⁴¹ NICOLAI VORONOV: «La Artillería de la España Republicana», capítulo de la obra colectiva *Bajo la bandera de la España Republicana*. Ed. Progreso. Moscú, 1967, págs. 63 a 130. El documento figura en la página 83 y los restantes datos en las págs. 99-101.

⁴² O. C. de 28 de diciembre de 1936 (D. O. núm. 276, de 30-XII-36).

Sigue la convocatoria de 200 plazas de alumnos de Artillería para españoles entre 18 y 35 años, cincuenta de ellas cuales destinadas a ingenieros, arquitectos y licenciados en ciencias

Y otras 150 plazas de alumnos de Artillería para bachilleres e *individuos* sin título, con nivel similar de conocimientos matemáticos, milicianos, clases del Ejército y soldados, con los mismos límites de edad que los anteriores y los requisitos

En cualquier caso, para los aspirantes a las 200 plazas en total, se exigía además un certificado médico de aptitud física y utilidad para el servicio militar activo.

El desarrollo del curso, de veinte días para los 50 primeros y de sesenta para los bachilleres, estaba previsto en la Academia de Valencia, a cuyo Reglamento *futuro* quedaban sometidos los aspirantes admitidos, que durante su permanencia en aquel Centro de Instrucción serían «considerados como *alumnos milicianos*, con los deberes y derechos que a tales competen.

He subrayado el jacobinismo de llamar «ciudadanos» a los aspirantes a artilleros, con o sin título, y la distinción entre éstos y los milicianos, soldados y suboficiales, que atenidos a la letra, sugiere considerarles se «rurales». Como el tratamiento de «individuos» a los que ahora serán «elementos» y luego «ciudadanos» para convertirse inmediatamente en «milicianos aspirantes a oficial» y por fin en «alumnos».

Esta diversa nomenclatura para las mismas personas está a la vista en el diario oficial número 250. En él se amplía lo que parecía sólo un curso, puesto que se supone creada la *Escuela de Oficiales de Artillería* y se presupone la organización de otras, que en realidad están decretadas ya en la misma fecha y publicadas en el mismo diario. Se publicó oficialmente, diciendo: «Para las 50 plazas de licenciados hubo 15 aspirantes y 12 de ellos, a los veinte días de curso, salieron ya Tenientes de la primera tanda de la 1ª Promoción, quedando tres sin aprobar. Para las 150 aspirantes, similares a bachiller, se aprobó a 217 aspirantes.. El detalle oficial se publicó así: «*Como consecuencia de los exámenes verificados en la Escuela Popular de Guerra de Artillería, han sido aprobados los 217 aspirantes que figuran en la relación nominal, quedando nombrados «alumnos milicianos» y los de otra de 15 alumnos, sin sufrir examen, por tener título de ingenieros, arquitectos, o equivalentes, relacionados por orden de presentación».*

A los veinte días de curso, el 27 de enero, salió de la Academia la primera tanda, de la primera promoción, con los doce tenientes, de los que el nº 1 era don **José Unamuno Lizárraga** y el 12º don Dámaso Alonso Duro, eliminado luego durante el curso por faltas a clase.

José Unamuno era hijo de don **Miguel de Unamuno**, que murió en Salamanca el día siguiente de nombrarse a su hijo «teniente en campaña». Ramón Salas nos dijo que el teniente Unamuno pasó toda la guerra en la Escuela Popular de Artillería, pues como cabeza de promoción, quedó destinado de profesor y confirmado en su destino en junio de 1937.

Antes de terminar el curso, los que no eran licenciados y permanecían cuarenta días más en la Escuela, causaron baja dos alumnos por falta de asistencia a clase, noticia extraña, para una Escuela de Guerra, donde podía calificarse de desertión. El resto de la promoción salió del 1 al 4 de febrero de 1937. El conjunto de las tandas fue de 129 alumnos promovidos a Teniente, que en el escalafón de julio de 1938 se habían quedado en 117, sin duda por bajas de guerra o expulsión del Ejército. Afortunadamente el escalafón se cerró el día que se iniciaba la batalla del Ebro, de haber sido posterior tendría muy poca utilidad, por los claros que el combate producía en las filas de sus oficiales. Del muestreo comparativo entre el total de cada promoción en el Diario Oficial y el escalafón, se deduce que desde enero de 1937 a julio de 1938, el promedio de bajas de tenientes en campaña, por distintas causas (guerra, expulsión, etc.) era de un diez por ciento, dato a tener en cuenta, como coeficiente, al calcular el número de los tenientes en campaña.

Según eso pueden totalizarse con mucha aproximación que los oficiales en campaña de Artillería fueron: En el Escalafón 19 capitanes y 907 tenientes, total 926. Menos el 10 % de bajas: 19 Capitanes y 907 tenientes menos 93 del 10%, más 160 de promociones posteriores, quedan 19 capitanes más 1.160 tenientes, **Total 1.179 Oficiales**.

No consta si en la *Escuela Antifascista* de Valencia –previa a la de oficiales de Lorca y simultánea a la de Barcelona– se cursaba la especialidad de Artillería, pero se deduce que sí, al concederse a sus alumnos, concluir los estudios en la nueva *Escuela de Oficiales de Artillería* (Lorca), sin prever dificultad por el cambio de programa. Sí prevé utilizar elementos ya preparados para la Escuela Antifascista, según el texto que autoriza a todos los alumnos que lo deseen, a incorporarse a la Escuela de Oficiales de Artillería para continuar sus estudios como «milicianos aspirantes a oficiales de Artillería», sometidos a su Reglamento (nonato), exámenes y disposiciones que la afectan⁴³.

Se sabe que existía ya una *Sección de Instrucción* de Artillería en la Escuela de Infantería de Barcelona, donde –según Voronov– la formación técnica militar de los alumnos era muy baja, pues los temas no respondían al carácter de la guerra en España ni a las exigencias contemporáneas. Según

⁴³ Orden circular de 28 de noviembre de 1936 (D. O. núm. 250, de 30 de noviembre de 1936).

él, los anarquistas barceloneses impedían unificar tal Sección con la Escuela de Lorca, recelosos de ingerencias en su feudo catalán, del que obtenían aspirantes sin suficiente instrucción militar ni elemental.

Por lo que se refiere a la primera promoción, salían aprobados de la Escuela de Lorca, con veinte días de curso, una primera tanda de 28 «tenientes en campaña» de las 50 plazas anunciadas y, con dos meses de curso, una segunda tanda de 129 tenientes, de los 150 previstos. En total, de las 200 plazas que convocaron se habían cubierto 157 solamente.

Voronov calculó que los alumnos de Valencia eran 273 en vez de 232 y que aprobaron 200 en lugar de 157. Pero, según él, con aquella primera promoción salieron promovidos otros 120 alumnos procedentes de la Sección de Artillería de la Escuela Unificada de Barcelona. Corresponderían a los 98 tenientes promovidos en dos cursos con antigüedades de 15 de noviembre y 24 de diciembre, que inician el escalafón de 25 de julio de 1938, no podían ser otros. Pero aún el total de 255 tenientes de las tres promociones –los 320 de Voronov– eran un número insuficiente de oficiales, como insuficiente –para su escasa cultura– era la duración del curso, de uno a tres meses, justificada por la urgente necesidad de mandos de sección, que aquellos 255 tenientes cubrían sólo en parte.

A juicio de Voronov, el ministro de Justicia, García Oliver, director de todas las Escuelas Militares de la República y profano absoluto en problemas militares, era el culpable de la dualidad de preparación artillera de los oficiales, pues queriendo acentuar la influencia anarquista en el Ejército prefería llenar las Escuelas con jóvenes de su partido, lo cual –según sutileza política de Voronov– no lo lograba en la Escuela de Lorca, porque se ingresaba en ella mediante exámenes de instrucción general y militar que sólo unos cuantos anarquistas lograron superar. Tras muchos esfuerzos, consintió el ministro en trasladar a Lorca la sección artillera de Barcelona, lo que –según Voronov– fue un progreso para la recluta de alumnos, la selección de profesores, la dotación de textos y la unificación de la enseñanza.

En la Escuela de Lorca se construyó por primera vez en España *un polígono de tiro en miniatura*, bajo la dirección de oficiales de artillería soviéticos y se tuvieron como manual de estudio las *Instrucciones para el tiro de la Artillería contra carros enemigos*, redactadas por Voronov⁴⁴.

Los ministros de la Guerra y de Justicia se negaron siempre a crear una escuela de suboficiales de Artillería. El Parque de Valencia fundó una pequeña escuela de maestros armeros y especialistas, de la que salió una promoción y quedó cerrada muchos meses. En el posterior Centro de Instruc-

⁴⁴ VORONOV: Bajo la bandera..., págs. 85-86.

ción de Artillería de Almansa (Albacete), donde la Escuela de Oficiales tuvo su segunda fase, se dieron cursillos de capacitación a jefes de batería con mando en campaña, para su ascenso a jefes de grupo. Durante periodos de estabilización, se organizaban en los frentes cursillos de perfeccionamiento para oficiales y suboficiales de Artillería, en clases vespertinas con buena asistencia de alumnos.

La primera promoción que figura en el escalafón es de 32 «tenientes en campaña», con antigüedad de 15 de noviembre de 1936. Pero pasó a ocupar el número uno de la escala Jaime Roca Ustrell, un teniente de la segunda promoción, la de 24 de diciembre, por haber sido el mejor calificado de los dos únicos Cursos de Capitanes, el que terminó el 22 de abril de 1938. Tras estas dos primeras promociones, que serían procedentes de la Escuela de Barcelona, figuran en el escalafón otros 907 tenientes, de las veinticinco que hubo hasta el 1 de julio de 1938, a los que siguieron otros 160 hasta el 23 de diciembre de aquel año, fecha de antigüedad del último teniente salido de las Escuelas, cinco días después de sus siete compañeros de promoción. De los 160 tenientes promovidos en esos seis meses finales, 110 procedían de la Escuela del Centro-Sur, 25 de la de Cataluña y otros 25 de la de Menorca.

Al tomar la mayor parte de los datos del escalafón de 1 de julio del 38, tan tardío, faltan en él, según calculé antes, aproximadamente un diez por ciento de tenientes que causaron baja antes por distintas causas, posiblemente muchas de ellas ajenas a la guerra, pues he visto uno que a petición propia se le concede pasar a la situación de soldado, cosa bien extraña. Según eso, pueden totalizarse con mucha aproximación los oficiales de Artillería.

Un documento del A.G.L.⁴⁵ da una relación de ocho promociones en 1937, con un total de 461 «tenientes en campaña», muy distinta de las catorce promociones con unos 800 tenientes que en el mismo año se publicaron en el *Diario Oficial del Ejército*. El 7 de abril, la Escuela estaba en Lorca, donde se firmaba un informe sobre el desarrollo del 5.º curso, que en síntesis decía así:

Se desarrolló dividido en tres cursos: Elemental, Primero y Segundo, de treinta días cada uno. Les precedió un Período Preliminar, de quince días de duración, en el que se practicaba la instrucción militar de Artillería.

Las materias de los cursos eran: Táctica, Tiro, Armamento, Pólvoras, Enlace y Transmisiones, Fortificación, Topografía, Moral, Justicia Militar, Contabilidad, Gimnasia, Hipología y Equitación.

Al aprobar el primer curso se promovía a los alumnos a Sargentos en Campaña. Al final del segundo, los aprobados ascendían a tenientes o seguían sargentos.

⁴⁵ A. G. L. —D. R. (A-55, L-519, C-3, D-3).

Una pretenciosa terminología pedagógica especificaba síntesis del programa: características de cada curso, que en síntesis eran:

Primer Curso: Aplicación de conocimientos. ***Disciplina de la función a llevar a cabo por elevación de conocimientos.***

Segundo Curso: Perfección y práctica del Primer Curso.

Sigue la convocatoria de 200 plazas de alumnos de Artillería para *ciudadanos* españoles de edad comprendida entre los dieciocho y los treinta y cinco años, 50 de los cuales se destinaba a ingenieros, arquitectos y licenciados en ciencias con los requisitos habituales. ***Y otras 150 plazas de alumnos de Artillería para*** bachilleres e *individuos* sin título, con niveles matemáticos. Y para milicianos, clases y soldados, con los límites y requisitos de siempre.

En cualquier caso para todo aspirante a las 200 plazas totales, certificado médico de aptitud física y utilidad para el servicio militar activo.

La presentación personal, documentos en mano, en Valencia, ministerio de la Guerra, antes del 5 de diciembre. El curso –de 20 días para los 50 primeros y de 60 para bachilleres–, en la Academia de Valencia, a cuyo Reglamento ***futuro*** se sometían los admitidos, que en el Centro de Instrucción serían «como *alumnos milicianos*, con los deberes y derechos que a tales competen.

A la relación nominal de los 217 aprobados, por orden de puntuación, seguida de los 15 exentos de examen, por orden de llegada, para las 50 plazas, de los que 12 fueron promovidos a tenientes en campaña.

Informe del Comisario de Guerra de la Escuela Popular N° 2

Habiendo ocurrido, desde mi último informe, el pasado día 20, hechos de verdadera gravedad, he de informar a ese Comisariado del estado actual, que es de franco disgusto entre profesores y alumnos, y de abandono de la dirección.

La tercera promoción inició sus exámenes definitivos hace días, con unos 80 alumnos. Formaban parte del Tribunal, los profesores don Ángel Paz, don Alfonso Fernández y otros, de la escala activa de Artillería, que desempeñan su función inmejorablemente, en el sentir de todos los alumnos.

Pues presentándose al examen Eladio Fernández (íntimo del teniente coronel Director) y siendo por demostrar su incapacidad (lo dicen alumnos que vieron el examen) el director puesto otro examen y otro Tribunal, concediendo a los suspendidos el derecho a presentarse, del que no ha hecho uso ni Fernández, por lo injusto que era y el ambiente formado. Entre los profesores hay gran descontento, pues luego, aprobaron dos alumnos gracias al Director.

La neurastenia aguda que padece el Director se refleja en multitud de actos arbitrarios que provocan sus situaciones de violencia con el subsecretario señor Asensio, y habitualmente con todo el mundo, no puede ser más desmoralizador. Como jugar con la noticia de que el curso se alargue dos meses o sea intensivo.

Le gusta rodearse de una camarilla de elementos que desprestigian a la Escuela, no siendo los más capaces ni de moralidad exquisita, lo que redundaría en desprestigio de la Escuela. Su hombre de confianza es ahora el profesor Castañeda como antes el comandante mayor Eladio Hernández, que presidió el Tribunal de recomendados, ambos de la C.N.T.

La Escuela queda en abandono absoluto. Con motivo de los últimos disgustos del Director, en la Escuela y con el Ministerio, había anunciado el propósito de dimitir del cargo. Sin embargo, habiéndose dado de baja por enfermo, no lo está menos ni más que de costumbre: neurastenia aguda, lo que no le impide emprender un viaje a Madrid con su ayudante y el profesor Castañeda, y pasar por Valencia, donde pensará dimitir, pues su baja por enfermo el día 1 tenía sentido de despedida.

Ahora el ministerio solicita a la Escuela que envíe Profesorado y estén fuera, por causas diversas, los indispensables. Con el Director, su ayudante, el capitán Lucena (también profesor), el profesor Castañeda, los profesores Paz y Fernández García, el profesor Ríos, y el comandante secretario, competentísima, que lleva el peso de la administración de la Escuela.

De la camarilla citada, a la que pertenece el profesor Castañeda, civil, siempre de viaje y al que casi no conocen los alumnos, y el capitán Lucena, que no ha asistido a su clase más que un solo día y sigue figurando como profesor. El comandante mayor Eladio Hernández, que es incapaz, pese a sus buenos deseos de desempeñar la importante misión que tiene encomendada y que, en realidad, es desempeñada por el comandante Medialdea.

También figura en nómina como mecanógrafa una individuo que aparte de sus gracias personales, abundantísimas, que prodiga entre el director y sus afines no cuenta con ninguna cualidad que la haga útil en ninguna oficina, pues por no saber no sabe ni escribir a mano; mucho menos a máquina.

EL COMISARIO DELEGADO, Ángel Jiménez Torres. Lorca, 5 de marzo de 1957.

La estadística de Cataluña y Centro-Sur

Con ello podemos componer el cuadro de los Oficiales en Campaña formados en las Escuelas Populares de Guerra, denominadas finalmente Escuelas de Mando y Enseñanza de las zonas de Cataluña, Centro y Sur:

La anterior estadística, suficientemente exacta por lo que se refiere a oficiales salidos de las Escuelas Populares de Guerra, es insuficiente para dar idea de la formación de mandos improvisados de pequeñas unidades en el Ejército Popular. La orden circular de 8 de agosto de 1937 dictaba las bases generales para la formación militar, en las que se incluía la creación de Escuelas en las cabeceras de Cuerpo de Ejército, División, Brigada y Batallón. Las escuelas de Batallón eran preparatorias. De las de División salían promovidos los suboficiales, con capacidad para mando de Sección, y con el tiempo llegaron a cubrir éstos hasta un 60 por 100 de la plantilla.

En una de esas Escuelas, posiblemente de División, debió ser promovido a oficial José Alcalá-Zamora Castillo, hijo de Niceto Alcalá-Zamora, el maltrecho Presidente de la República. Era de la 9.^a Brigada de la 11 División y su jefe, Enrique Líster, reproduce una carta del hijo al padre, da algunos datos sobre el hijo, diciendo que en días de la defensa de Madrid se presentó al E. M. de la 1.^a Brigada, en Villaverde. Era miembro del Comité Nacional de la FUE, llegaba de París a pedir un fusil y un puesto de combate. Como soldado en un batallón de la 1.^a Brigada, «se fue ganando los galones a fuerza de heroísmo» en combates de Villaverde, de la Cuesta de las Perdices, del Cerro de los Ángeles y del Jarama. Al terminar la batalla, debió ser cuando hizo el curso de teniente, pues siéndolo «acababa de distinguirse por su heroísmo a lo largo de ella». En el frente de Guadalajara escribió a su padre una carta patriótica el 20 de marzo de 1937. Líster, le llama José Alcalá Castillo y, de ser cierta la firma, así se llamaría. Comenta en ella la tremenda impresión de ver su patria invadida por ejércitos extranjeros, a la vez que, «contestaba así a las indecencias que su padre escribía en la prensa extranjera».

Aunque no consta la más mínima recompensa por sus hechos, Líster, empeñado en hacerle un héroe, dice que después de Guadalajara, Alcalá siguió batiéndose con la misma bravura hasta que murió en Valencia en marzo de 1938, víctima de una dolorosa enfermedad hepático-apendicular⁴⁶. El apellido Alcalá Zamora es compuesto, figurando siempre como Alcalá-Zamora y Torres.

Hay otra referencia completa sobre Escuelas de Brigada, en las memorias de Tagüeña, con un breve párrafo a las de la 30 Brigada de la 2.^a División, que él mandada⁴⁷ en junio de 1937:

«Nuestra escuela de oficiales y clases, nos preparaba sin cesar nuevos cuadros y al batallón de reserva, sobre todo al nuevo 120, con preparación

⁴⁶ GUILLERMO CABANELLAS: *La guerra de los mil días*. Índice onomástico.

⁴⁷ MANUEL TAGÜEÑA LACORTE: *Testimonio de dos guerras*, pág. 156.

intensiva, aprovechando algunos suboficiales del antiguo ejército. Comenzamos la reimpresión de textos militares muy sencillos aptos para nuestros oficiales, extractos de reglamentos y descripciones de armas, y un pequeño manual francés de fortificación muy bien ilustrado. Con el tiempo lo completamos hasta formar una pequeña biblioteca de campaña del oficial».

Posiblemente las dos Escuelas citadas por Líster y Tagüeña fuesen de Brigada, sin memoria de las de División. Las de Cuerpo de Ejército, con pocos recursos, en 1938 lograron numerosísimas promociones de Oficiales, sin rastro en el *D. O.*, que casi duplicaban las Populares, superando entre todas 15.000 oficiales. Si a ellos se añaden, unos 10.000 de Milicias, ascendidos por designación o méritos de guerra a su juicio, de sus mandos, o por méritos de guerra apreciados a su juicio, también sin rastro en el *Diario Oficial*, el total de oficiales del Ejército Popular de Tierra, puede ser de 35.000 a 40.000 hombres, es decir, muy semejante al de los Oficiales Provisionales que se les enfrentaron. En esto también se produce la nivelación cuantitativa que Ramón Salas llega a elevar a teoría general para la guerra del 36, llevándola a extremos de generalización aparentemente excesivos. Ese equilibrio cuantitativo, en este caso, como en otros, manifiesta en sí la superioridad moral y técnica de los mandos improvisados en el Ejército Nacional.

En cuanto al número total de jefes y oficiales del Ejército Popular, sólo hay conjeturas en los documentos y testimonios hasta ahora publicados. La obra de Peirats revela que el E. M. Central del Ejército habló en los primeros meses de 1938 de la necesidad indispensable de 12.000 mandos, de los que a mediados de aquel año ya se contaba con el 80 al 90 por 100. En otro lugar hay una impugnación a los comunistas, que indirectamente aporta un cálculo para la estadística, aunque resulte confuso: «*Podemos afirmar que si, desde mayo, han ascendido a 7.000 los combatientes de distintos grados, 5.500 de éstos pertenecen al partido comunista*⁴⁸».

Pero tal noticia parece dada en agosto de 1938, lo cual sólo es creíble como referencia a ascensos masivos en milicias, que es a lo que debe aludir el contexto de Peirats, lo cual corrobora nuestro cálculo, ya que en ese año debió producirse el mayor número de ascensos «políticos» que en la jerga popular se llamaban «de a dedo».

Según Miralles⁴⁹, escaseaban cada día más los jefes y oficiales del Ejército Popular con una mediana preparación militar. La oficialidad se dividía

⁴⁸ JOSÉ PEIRATS: *La C.N.T. en la revolución española*. Toulouse, 1953. Ediciones C.N.T., t. III, pág. 225. Lo cita Günther Danhs, más confusamente diciendo que el dato se publicó en una octavilla muy difundida por la F. A. I. (La Guerra Española de 1936, página 345).

⁴⁹ MIRALLES BRAVO: *Memorias de un comandante rojo*.

en oficiales de milicias, o por méritos de guerra desde simples milicianos; Oficiales en Campaña, procedentes de las Escuelas Populares de Guerra, y oficiales profesionales, los que lo eran con anterioridad al 18 de julio del 36. Pero estos últimos, brigadas y sargentos en aquella fecha, eran los menos y, por causas ignoradas, antes de los dos años de guerra habían desaparecido de los frentes.

Había profunda rivalidad entre los oficiales de una y otra procedencia, con incidentes muy frecuentes. Los «de campaña» se consideraban con mucha profesionalidad frente a los de milicias y se apartaban de ellos buscando que debieran haber sido sustituidos todos para aquellas fechas, dada la moderna estructura del Ejército Popular. Opina Miralles que de prolongarse la guerra un año más se habría llegado a una hostilidad declarada dentro de la oficialidad, y que de haber ganado la guerra los republicanos, se hubiera repetido el golpe de mayo del 37, a mayor escala, convirtiendo a España en campo de batalla de los supuestos vencedores.

ITINERARIOS DEL OCASO ESCOLAR

El tema corre el peligro de hacerse itinerante, como canción que en cada pueblo tomase acentos de sonido local o leyenda con ritmo de personajes ambientales. No se trata tampoco de que nos vaya a ocurrir como en zona nacional al general Orgaz, no sabiendo si vestir como propio el arrojo de los imberbes provisionales, o atribuirse con plumas propias la invariable lucha –empeñado en mejorar a Franco– de emplear en cultura, los tiempos de combate.

En esta historia nos encontramos con un Comisario envidioso de profesores con mecanógrafa fácil, y con un Delegado de mala firma con «supina importancia» en su «ampliación resumida», con la muletilla del «¿porqué no?», capaz de hacer declamar el Quijote a sus semianalfabetos, sin dejar de enseñarles toda la estrategia necesaria, que un tanto «orgaznino» piensa en paralelismos cívico-militares con que lograr académicos de paz, a la vez que maestros de la guerra.

Lo que sí vemos es que según avanzamos, vamos hallando semejanzas de Sur a Norte, con otro general, Un Queipo, no muy franquista, que resolvió a su favor –acaso con su gracia– el problema de «Sevilla la roja». Aquí ocurre al revés, que hacia el final del estudio nos encontramos con «Asturias la roja», meta del repliegue académico nada revolucionario, de «señores alumnos» de Euskadi, con señoritismo de variado vestuario y bilingüe bouquet, en academias «muy suyas», para encontrarse al final con

otras «muy iniciales», revolucionarias y abundantes, de una modesta escuela en cada pueblo, sin ninguna grandeza, ni señorío, ni academicismo.

Si los de Euskadi, del Norte esencial, se van replegando –de Bilbao a Santander, a Carranza, a Limpias, a Santoña, a Gijón; y a Villaviciosa, Trubia, Noreña e Infiesto; adonde van llegando, no llevan novedad alguna, las academias estaban antes de llegar ellos, a lo sumo las duplican, y no van a imponer las pretenciosas Escuelas Populares con mayúscula, porque lo eran ya populares con minúscula, y además, desde el principio de su leninista revolución.

III. LA ENSEÑANZA MILITAR EN GUERRA: ESTUDIO COMPARATIVO

La situación inicial

La necesidad de improvisar oficiales se puso de manifiesto en cuanto el alzamiento nacional se convirtió en guerra, lo que pudo materializarse muy bien al transcurrir la semana sin que las columnas de Mola viesen una rápida posibilidad de ocupar Madrid, por ejemplo aquel 26 de julio del 36 en que se dio orden de economizar al máximo las municiones. Por eso en una y otra zona se urgía en agosto la creación de escuelas de mandos desde los cuarteles generales y desde las afueras militares de las milicias.

Con un simple cálculo de los efectivos enfrentados a finales de julio se comprende que fuesen insuficientes para ellos los oficiales con que se contaba, de los que había que deducir el desproporcionado número de bajas, algunas provocadas por falta de instrucción de los voluntarios, que a veces obligaba a los mandos a exponerse innecesariamente, predicar con el ejemplo en inútiles alardes de valor, que les apartaba de su puesto de mando táctico, el más eficaz.

Los oficiales disponibles eran los que formaban los cuadros de mando de las unidades, a los que en los primeros días se unieron muchos retirados ordinarios y extraordinarios (de la llamada «ley de Azaña»), Oficiales de Complemento y los alumnos de las Academias, que se encontraban de vacaciones. No pueden sumarse a ellos los escasos oficiales de milicias, dado su variable grado de preparación.

Tiempo tormentoso

Desde las primeras semanas de guerra faltan oficiales en ambos bandos. Los «nacionales» se apresuraron a improvisarlos de infantería, el arma de las bajas, mientras a los «republicanos» preocupaba la falta de oficiales de artillería para la propia, y para la primera que recibían de fuera, pues no podían improvisarles de milicias, como se vio en su intento de crearlos en Santander con algún logro en las primeras academias. Su ideal antimilitar y revolucionario les llevó a aceptar plenamente como buenos, los mandos de infantería que las milicias tenían para sí, por méritos políticos, por elección en sus escuelas de guerra. Lo que los «nacionales» evitaron, al principio

por restringirlo, prohibiéndolo luego, con graves condenas: en Falange por iniciar dos «*Escuelas de Centuriones*» y a los Tradicionalistas por crear su «*Real Academia Militar de Requetés*», hasta irse extinguendo los iniciales mandos de milicias.

Los «nacionales» llevan la militarización a su forma más eficaz –mandos militares aunque fueran insuficientes– aceptados con disciplina por las milicias, que sacrificaban gustosas su deseo de mandos propios, subordinadas al alzamiento militar. El intento resistente: «para improvisar ya estamos nosotros», es débil y fugaz.

Los «republicanos» recelan de los militares profesionales, licencian a los soldados y prefieren milicias y mandos milicianos. Luego, para facilitar la aceptación, al sentir su necesidad, a los militares de carrera les llamarán «los técnicos», hasta terminar aceptando de lleno a los de su ideario. En cierto modo, lo mismo iban a hacer el Requeté y la Falange, con oficiales españoles o alemanes, pero oficiales profesionales, al fin en sus proyectadas academias.

Los nacionales establecieron inicialmente Escuelas de Infantería y Artillería en Burgos y Sevilla. Los republicanos, de Infantería, Artillería e Ingenieros, en Barcelona y Valencia, ya que en Madrid sólo llegaron a funcionar las de milicias.

Pronto se ampliaron a las cuatro armas, y luego añadieron con Intendencia y Estado Mayor, con la distinción de que los Alféreces Provisionales de Ingenieros, en zona nacional eran de formación única y los Tenientes en Campaña tenían separadas sus Escuelas Populares de Guerra de Ingenieros y de Transmisiones. De Intendencia se formaron pocos oficiales y de Caballería menos, muy escasas promociones. La mayor diferencia se produce en la formación de oficiales de Estado Mayor, que en el Ejército Nacional fueron, como «Auxiliares de E.M.», unos provisionales más, y en el Ejército Popular eran profesionales que se diplomaban en cursos abreviados, pero siguiendo la norma de tiempo de paz, salvo muy raras excepciones, como la de diplomar a oficiales de intendencia. Por ello la formación de oficiales de E.M. no afecta al conjunto de la improvisación de oficiales, ni al total de los creados en guerra, pese a que su Escuela se denominase «Popular», como las de «Oficiales en Campaña», predisponiendo a la confusión a la hora del cómputo y de la estadística general.

En el Ejército Nacional todo es más simplista, es precario, improvisado y rápido. Las clases en cines y teatros, el régimen externo, los cuarteles de prestado; los dos primeros cursos fueron de 15 días y los cuatro siguientes de un mes, incluyendo días festivos; los profesores primero eran de los pocos que quedaban sin ir al frente, pero muy pronto, mutilados convalecientes

o en cura ambulatoria; entre los primero alumnos los hay que forman hasta de paisano con corbata, con corraje y sin fusil, estudian cuatro apuntes apresurados, sin presupuesto académico, sin planos ni material alguno de enseñanza.

En el Ejército Popular hay buenas instalaciones académicas. En Cataluña y Levante, amplia instalación autónoma, en palacios, bien adaptadas y con abundante material especializado, con textos amplios, publicados *exprofeso* como extractos de reglamentos sin limitación en su extensión y en gráficos o ilustraciones, incluso con textos agotados, muy raros en zona nacional, como el reglamento de tiro de ametralladoras o el topográfico artillero; la organización y planificación de la enseñanza son abundantes y aún excesivas. En Bilbao el profesorado militar se completa y complementa con ingenieros civiles. En Gijón apenas hay ningún profesor profesional. Aún en esta Academia de Asturias, la más anarquista, los alumnos están uniformados, en Bilbao, la uniformidad llega a tener prurito de abundancia de uniformes y prestancia académica; uno de paseo y otro de instrucción, amplio vestuario. Son los dos extremos. En Gijón son «camaradas», sin «don» hasta los jefes y oficiales profesores; en Bilbao, hasta los «cadetes» son «señores alumnos». En cualquiera de las escuelas y academias el régimen es de internado, desde las más incipientes y primerizas de milicias. Los profesores también son pronto mutilados, como en el Ejército de Franco; los alumnos, en principio cursan tres meses en régimen de internado, aunque luego se rebaje la duración del curso por necesidades de la campaña.

En zona nacional se exige el bachillerato como cultura mínima, que en los últimos meses se rebaja, por falta de aspirantes bachilleres, al grado elemental o a estudios equivalentes, ante la gran necesidad de oficiales que exige la «alimentación de la campaña». En zona roja, se da el caso inverso, tratando de hacer un ejército eminentemente obrero y popular, pero sucede que la incultura de los alumnos produce una selección al revés saliendo oficiales los preteridos bachilleres y universitarios y no alcanzando el título muchos de los obreros, pese a repetirlo. El caso especial de Euskadi hace que triunfen, sobre todo, los ingenieros bilbaínos, especialmente en Artillería. En uno y otro bando abundan los oficiales procedentes del magisterio, una estadística en tal sentido sería muy ilustrativa.

En ambas zonas conviven y se transforman en oficiales «improvisados» del Ejército los de milicias, pese a que en ambos bandos se marquen las diferencias, con cierta tensión, mayor en zona roja, donde los «oficiales en campaña» «presumen de su formación «académica» frente a los de milicias. Estos al final son «reconocidos» como «oficiales en campaña», con todos los derechos, aunque pocos aparecen como tales en el diario oficial, si bien

la mayoría conservan mandos, incluso elevados, hasta el final de la guerra, mientras que en zona nacional, prácticamente desaparecen por completo.

Las dos zonas llegan pronto a una centralización de la enseñanza y una Inspección que regula y unifica las academias.

Los cursos de capitanes son distintos en una y otra zona. En el Ejército Nacional constituyen un tercer grado (para mando de batallón), mientras que en el Ejército Popular, son un segundo grado (mando de compañía), ya que antes sólo existe el empleo de teniente, el mínimo, para el mando de sección, que en los nacionales es de compañía al mandar sección los alféreces; lo cual, al existir la misma deficiencia de mandos en zona roja, hace que en ésta se inicien «cursos de mayores» (comandantes), de los que sólo uno es realmente de ascenso y muy limitado en pues los cuatro anteriores suponen perfeccionamiento para quienes ya son mayores con mando de batallón. Se produce con ello el caso de que en zona roja los «oficiales en campaña» no ejercen el mando de unidad superior, lo que es normal en la nacional: un teniente manda compañía y un capitán manda batallón. Pero en el Ejército de Franco no se pasa del mando de batallón, y ello después de tres cursos, uno por cada unidad superior, mientras que en el Ejército Popular, incluso sin curso algunos hay jefes de Brigada y de División, con empleos «de a dedo» hasta de general profesional, caso de Modesto y de coronel, como Líster, y Tagüeña .

En el Ejército Nacional, el Oficial Provisional es el alma del combate de su unidad, su espíritu y su moral combativa. en Zona Marxista el Oficial en Campaña está mediatizado por el Comisario Político de su unidad, que hace cursos tan especializados como el oficial y muchas veces combate con él, va en vanguardia, dando ejemplo y, si le dejan, manda, cuando el oficial no se imponga o ceda por timidez política. Los Comisarios Políticos son, según esto, oficiales suplentes, subsidiarios o paralelos, que a veces predominan y otras suplantan a los «Oficiales en Campaña».

En la zona marxista, todo se legisla con vistas a que los Oficiales en Campaña consoliden su empleo y constituyan el esquema de la oficialidad popular del Ejército Popular de la paz. Ellos constituirán los mandos del Ejército futuro, en todos sus escalones. En zona nacional es al revés, según la previsión fundacional de Mola, para evitar que como los antiguos «Provinciales» puedan crear problemas futuros de exceso de oficialidad, todo se dispone advirtiendo que están de paso, como con intrusismo civil en el Ejército Profesional, limitados siempre por las restricciones legislativas de otorgar «el grado correspondiente al empleo de alférez», el carácter de «provisionalidad» de éste, concedido «exclusivamente por el tiempo que dure la campaña», sin que su empleo pueda alargarse «para posteriores derechos».

Oficiales de Complemento

El cálculo de los Oficiales de Complemento puede hacerse con alguna precisión, ya que existe un escalafón de los que prestaban servicio en el Ejército Popular en fin de junio de 1938, base razonable para una estimación de los restantes en esta forma:

En escalafón del Ejército Popular	1.116
Incorporados al Ejército Nacional ...	2.049
Calculados sin incorporar	<u>2.991</u>
Total	6.151

Escuelas y Academias

La referencia más antigua que consta sobre improvisación de oficiales es de la España roja, en aquella Escuela de Oficiales que el 11 de agosto de 1936 creaba Hernández Saravia, siendo ministro de la Guerra, anuladas a los quince días y recreadas el 15 de septiembre por Largo Caballero, sin que ninguna de ellas llegaran a funcionar, por la aproximación a Madrid de las tropas nacionales. Las que si funcionaron desde muy pronto, las primeras sin duda, fueron las catalanas «*Escuela Carlos Marx*» y «*Escuela Popular de Instructores de Guerra de Cataluña*», inauguradas en agosto en Barcelona, la segunda el día 26, y agosto de 1936 en Barcelona, sin que nos conste el día.

No puede negarse esa primacía a las milicias catalanas. En la capital del Gobierno, ni el Ejército ni las milicias verían logrados sus propósitos antes del decreto de la Junta de Defensa de Burgos, que el 4 de septiembre creaba Alféreces Provisionales, de los que el 3 de octubre salía la primera promoción. Fue su germen, el telegrama de Mola al Generalísimo, el 30 de agosto, proponiéndole cursillos rápidos y prácticos, de mes o mes y medio, para formar oficiales de complemento, que cubriesen la notable escasez de mandos, y al día siguiente, Franco aprobó la propuesta, pero opinaba que la duración mínima del curso debía ser dos meses, pues en menos tiempo sería imposible formar oficiales, sobre todo de Artillería.

Pese a a ello, en quince días se lograron los primeros oficiales improvisados oficialmente en la guerra de España, por la actividad organizadora del coronel Gil Verdejo, director de la Escuela de Burgos, a la que siguió de cerca la de Sevilla. El general Queipo de Llano, comentó en noviembre que en quince días no pueden adquirirse dotes de mando; y en enero su excep-

ticismo se tornó entusiasmo por los «provisionales». Los primitivos cursos produjeron seis promociones, y a la vez que en Burgos y Sevilla, hubo Escuelas en Marruecos, Baleares y Canarias.

Hay noticias inconcretas de más academias militares en zona «gubernamental», pues el 16 de septiembre ya tenían actividad las «del Quinto Regimiento» y el 18 de octubre había comenzado un curso –acaso el primero– en la «Escuela Militar Antifascista de Valencia». Las «Escuelas para Oficiales, del Gobierno Central, sólo iniciaron sus cursos el 25 de noviembre en Paterna y otros pueblos de Valencia y Murcia. Antes de dos semanas –el 8 de diciembre– con el nombre de «Escuelas Populares de Guerra», como las de Cataluña, que conservarían hasta los últimos meses en que –quizá por conveniencia política– se llamaron «Escuelas de Mando y Enseñanza».

No parece que el Ejército Popular pusiera gran entusiasmo en sus Escuelas que promovían «tenientes en campaña» –el empleo de alférez suprimido en tal zona – y en la literatura privada de militares de carrera reciben más censuras que elogios. En cambio, los «alféreces provisionales» tuvieron pronto una aureola heroica y legendaria y los mejores elogios de los generales Franco, Mola, Orgaz, Varela, Yagüe y todos los destacados de la campaña. El general Orgaz –quien transformó en Academias las Escuelas– se embriagó de entusiasmo por tal obra, que pronto consideró muy suya y personal y forjando grandes planes que rebasaban el debido equilibrio entre la formación y el combate de oficiales nacidos para no poseer mas técnica que la mínima indispensable.

Las Academias ganaban categoría, naciendo internas en mayo de 1937, simultáneas en Castilla para el Ejército del Norte (primero en Fuentecaliente, de Burgos, y luego en Ávila y Toledo); en Granada para el Ejército del Centro, y una en Riffien para el Ejército del Sur. Se independizaron las de Caballería, en Valladolid; Ingenieros e Intendencia en Burgos; Artillería en Segovia y de menor especialidad en varias capitales. En Toledo se asentó la de Tenientes Provisionales y en Tahuima la de Capitanes Provisionales.

En cambio, las Escuelas Populares de Guerra pronto se limitaron a las de Valencia y Barcelona, suprimidas todas las de milicias y sólo se extendieron a Euskadi, con la duplicidad de la Escuela Popular de Guerra número 6 (de Artillería), del Gobierno Central y la Academia Militar de Euskadi, prácticamente autónoma, que habiendo sido creadas el 17 de diciembre de 1936, no iniciaron sus actividades hasta febrero del año siguiente, mientras que la filial para Infantería de la E. PG. n° 6, en Gijón, se fundió con la del Ejército del Norte, iniciada allí, también con autonomía, poco antes que la Escuela motriz.

No hay mucho más que decir en cuanto a los planes de uno o otro Ejército. Franco quería más conservar los oficiales en el frente que distraerlos en las Academias, aun comprendiendo la utilidad práctica de su perfeccionamiento progresivo en ellas. El mando rojo luchaba con los imponderables de armonizar su tono popular con la necesaria preparación cultural y técnica, sin esa tensión de Franco a no restar oficiales al combate, puesto que no regateaba días a los cursos, e incluso a la repetición de ellos, dándose el caso de que algunos alumnos permaneciesen hasta seis meses en una escuela.

En ambas zonas se creó pronto una Inspección de Enseñanza o de Academias, con el fin primordial de unificar los planes de estudios y el régimen de los centros de formación de oficiales, aparte de sus funciones específicas normales y fiscales. En el Ejército Popular se implanta desde el primer momento otra inspección política que recae en los Comisarios de Academia y de cada una de sus Escuelas, cuya fiscalización interfiere unas veces, y otras coarta, la libertad de actuación de profesores y directores. Su acción fue, en general, más obstaculizadora del mando que en las unidades combatientes, ya que era más innecesaria, aún en lo político.

El Estado Mayor

La formación de oficiales de Estado Mayor tuvo muy distinto carácter en ambas zonas. El Ejército popular improvisó cursos para diplomar a quienes ya eran oficiales profesionales, dándoles un carácter semi-definitivo, pendiente sólo de una sencilla confirmación cuando terminase la guerra. El Ejército nacional, siguiendo su idea de no comprometerse para el futuro en derechos adquiridos, creó unos oficiales «auxiliares» de Estado Mayor, que a nada obligaban y que tenían limitada su función a las secciones menos técnicas, como eran la primera (Personal) y la segunda (Información), y aun en ellas desempeñando siempre misiones auxiliares, como intermedias entre las de Estado Mayor y las de Oficinas Militares.

Sargentos Provisionales

El Ejército nacional creó, en la misma forma, los Sargentos Provisionales, primeros suboficiales de Academia, en la historia de nuestro Ejército, que con excelente espíritu de «provisionales» nacido en las milicias patrióticas, fueron eficaces auxiliares de los oficiales y a veces suplentes suyos en el mando de sección, al cubrir sus bajas en combate. Sus promociones tota-

lizaron 24.335 sargentos, distribuidos así: 19.989 de Infantería⁵⁰; 2.040 de Artillería; 1.581 de Ingenieros; 669 de Automovilismo y 56 de Infantería de Marina. El Ejército Popular no tuvo sus equiparables «sargentos en campaña», sino exclusivamente en los alumnos que no superaron la segunda parte del curso para oficiales de Artillería en la E. P. G. de Valencia.

Ritmo y volumen de la producción

Las Academias del MIR lograron sobrepasar con mucho la media mensual de 640, hasta la de 960 Alféreces promovidos, sin que en ello influyese la periodicidad de los cursos, pues aunque los cuatro primeros de las Escuelas primitivas fueran de quince días y los dos últimos de veinticuatro, y a ritmo rapidísimo. La falta de sincronía en las distintas localidades hizo que todos los meses saliese alguna promoción, tanto en las Escuelas como en las Academias. El Ejército Popular no logró ese ritmo de promoción ni ese volumen de promovidos en ningún momento, lo que se refleja en el total general, con casi la mitad de oficiales «en campaña» que «provisionales», refiriéndonos a las Escuelas Populares de Guerra (11.000 frente a 29.000), pues las de División y Cuerpo de Ejército no eran sino un discutible sucedáneo de aquéllas, y en las de milicias (algunas buenas), no hubo volumen apreciable de promoción de oficiales.

El aspecto político

En la política de selección y control de oficiales improvisados, hay una característica diferencial en ambas zonas: antes, durante y después de los cursos.

Las Escuelas Populares exigen, como norma el examen de ingreso, para evitar la concurrencia de analfabetos o incultos con grandes méritos sindicales, y el «aval político» como condición indispensable, extendido por su partido o sindicato. Las proporciones y preferencias en cuanto a la filiación se ve clara en un cuadro de plazas en Asturias, donde se prefiere por igual (33 por 100) a los socialistas, comunistas y anarquistas, pero se relega hasta un 23,5 por 100 a los de izquierda republicana.

Durante los cursos, los comisarios de Escuela y sus delegados de curso y de clase entre los alumnos, completaban la depuración con una agudísi-

⁵⁰ De ellos, 19.088 de Infantería de línea y 901 para Guarnición, Orden Público y Trabajadores.

ma información policiaco-política, que hacía extremar el cuidado de sus expresiones a quienes se sentían vigilados, –y lo eran todos: alumnos y profesores–. Más tarde, los «Oficiales en Campaña», como todos, se sentirían también sometidos a estrecha observación por sus Comisarios Adjuntos, con mucho más crédito ante la superioridad y, con autoridad moral sobre la suya, en la misma unidad de su mando; produciendo una dicotomía práctica entre el oficial y el comisario, al pretender separar el cuerpo y el alma del militar de lo que nacía una falta de entusiasmo, de moral y, en conjunto, de eficacia.

En las Academias nacionales sólo a veces se solicitaban informes o certificados de «adhesión al Movimiento Nacional», extendido por cualquier autoridad⁵¹, con criterio de aceptación tan benévolo que eran manifiestos los casos de quienes por no exigirseles o por aceptárseles cualquier papel, llegaron a ser Alféreces Provisionales –pese a su filiación marxista o su claro carácter de «simpatizantes»–. En algunos cursos, los informes recibidos muy a última hora hizo suspender a quienes se consideraban ya aprobados. Algunos, muy pocos, incluso desertaron; otros causaron baja tras algunos meses mandando unidad, e incluso, terminada la guerra, ya en las Academias de Transformación.

En ambos bandos se produjo inicialmente una falta de información anticipada para los combatientes empeñados en combates un tanto aislados del correo o de difícil acceso, por el escaso plazo para solicitar los cursos. En zona «nacional» se solucionó acortando trámites, incluso suprimiendo escalones en el conducto regular reglamentario. En zona «republicana», con la solapada intención de anticipar la noticia a los comunistas, para hacer suyos los mandos. El texto de Peirats, lo muestra claramente. En convocatorias asturianas, el plazo de solicitud es demasiado extrema. Esa era una causa esencial de la falta o retraso de incorporación de los alumnos a cursos breves, pues tres o cuatro invalidaban el curso.

De los «Provisionales», constan «bajas por degradación», siete de los cuales fueron rehabilitados después. En el total de 30.000 la proporción es mínima, más teniendo en cuenta los motivos examinados. En el Ejército Popular no hice semejante búsqueda, ni cálculo, pero en los *Diarios Oficiales* salen al paso sospechosos ceses y extrañas «renuncias a petición propia», que pasan a ser soldados, en cuyo texto ministerial no se emplea ni la delicada fórmula de «los nacionales» diciendo «pasa a la situación militar que le corresponde».

⁵¹ Nunca era preciso certificado de partido político alguno, como en zona roja, aunque se aceptase.

El ingreso

Las condiciones de ingreso en las Escuelas y Academias nacionales comenzaron por exigir ser suboficial o soldado voluntario, con título de bachiller, de 20 a 30 años de edad, e informe favorable de sus jefes. Los dos últimos cursos de los seis de las Escuelas, aumentaron a 24 sus quince días de duración y se rebajó a 18 años la edad mínima del solicitante. Acaso fuesen los únicos cursos externos, o los que más se mantuvieron en él, en ambas zonas. En las Academias del MIR los cursos eran ya de dos meses de duración internos, a partir de mayo de 1937. Luego se impuso un examen previo. Desde octubre de 1938 se reservaba un tercio de las plazas para sargentos profesionales, provisionales o de complemento, sin título académico, y desde enero de 1939, por falta de concurrencia, se exigía sólo el bachillerato elemental, el eclesiástico, cuatro cursos del superior, o dos de magisterio.

La diversidad autónoma de Escuelas en zona marxista, sobre todo inicialmente, hizo que los límites de edad de los aspirantes fueran notablemente variados. He aquí un ejemplo:

<i>Escuelas</i>	<i>Años de edad</i>
Antifascista de Valencia	18 a 35
«C.N.T.- FAI» de Barcelona	16 a 18
Popular de Guerra de Valencia	19 a 36
Academia Militar de Valencia	21 a 35

De las restantes escuelas no queda constancia. En cuanto a las demás condiciones de ingreso, se señalaba con insistencia en las E. P. G. el requisito del «aval político» –o «control de guerra», se da como alternativa en la Academia de Gijón–, que puede sustituirse por el certificado del jefe de su partido o sindicato, y se sometía a los aspirantes a un examen previo, como en casi todas, que aquí duraba cuatro horas y en la Academia de Euzkadi se aclaraba que sería equivalente al de los conocimientos de un bachiller, añadiendo que se preferían aspirantes de milicias, y exigiendo además el uniforme de instrucción y paseo y la gorra de plato con ángulos de cadete.

En las Escuelas de Artillería y Valencia de ambos Ejércitos, se valoraba de distinto modo la preparación técnica. En el «Nacional» se exigía, y en el «Popular» se prefería que los aspirantes fuesen ingenieros, arquitectos o licenciados en ciencias, abreviándose los cursos para ellos, no sólo en las Escuelas Populares, sino también en la de Gijón, que en principio era la de

tono más proletario y libertario, estableciéndose dos grupos de alumnos, según tuvieran o no esos títulos.

Las enseñanzas

Las materias de las clases eran más concretas y elementales para los Alféreces Provisionales que para los Tenientes en Campaña. En las primitivas escuelas de Burgos y Sevilla se limitaban, más o menos, a las que Franco indicaba en su telegrama de 1º de septiembre de 1936: Disciplina, Educación Moral y parte práctica indispensable para mandar una sección de infantería; es decir, Ordenanzas, Táctica de sección en combate, y nociones de Logística y Topografía.. En las Academias del MIR, tales materias se daban con mayor amplitud, al tener doble duración el curso, añadiéndose elementalidades de Código, Contabilidad, Régimen Interior, Armamento, Tiro, e incluso alguna lección de cultura militar, que pudiera considerarse «de adorno».

Pero en las Escuelas Populares había mucha densidad de materias y más temas, que a un Jefe de Sección en Campaña le resultarían innecesarias. En la Escuela Antifascista se daban Matemáticas, Física, Gramática, Literatura, Geografía e Historia. En la Escuela Popular de Artillería, llamaban la atención los pretenciosos y pedantes términos pedagógicos de su programa. En la Academia de Euskadi, además de las asignaturas normales, se estudiaba «organización militar» y Régimen Interior de los Cuerpos. En la de Artillería de Gijón, Ampliación de Matemáticas, Física, Tiro, Balística, empleo y materiales de Artillería. En la Academia de Gijón, los «Tenientes en Campaña» cursaban las especialidades de «Fusiles» y «Ametralladoras», sorprendente la primera, y útil la segunda.

El general Orgaz, también quiso organizar en su MIR, cursos de la especialidad de «Ametralladoras» para Alféreces Provisionales, pero Franco no lo aprobó, pues aunque, en principio, la idea era buena, exigiría distraer más oficiales del frente, o más tiempo a los mismos. Quizá se quiso evitar también el posible litigio con los profesionales, que no contaban oficialmente con tal especialidad.

Las Escuelas Populares no llegaron nunca a tantas, como las del MIR, pese a que incluso tuvieron la una de «Cuerpo de Tren», y las de cuatro armas, más Estado Mayor e Intendencia, pero no llegaron a formar oficiales profesionales como tales especialistas, pues sus cursos eran sólo complementarios para quienes ya habían sido promovidos en las Escuelas de Armas. Con ello se duplicaban los cursos, de modo que por ejemplo, un oficial de Guerra Química, se formaba de una vez en el Ejército «Nacional», y en

dos cursos sucesivos como en el «Popular», con lo que se le alejaba más tiempo del frente. Lo aclararía un cuadro comparativo, aún no incluyendo a los oficiales formados en las Escuelas de División y Cuerpo de Ejército, «Populares» limitándose a las armas y especialidades comunes en «las dos Españas».

En tal estudio, ganaría puntos, la teoría de la nivelación, que sostenía Ramón Salas, ya que la inferioridad de Infantería «Popular» se compensaba al añadirle el gran número de oficiales formados en Escuelas de sus Grandes Unidades, donde apenas se formarían de otras armas.

El día militar comenzaba antes en las Academias Nacionales que en las Escuelas Populares. Al menos durante una temporada, en la de Fuentecaliense se tocaba diana a las cinco de la mañana, y en la de Toledo a las seis, pese a que el clima era extremoso. Los adversarios se levantaban a las siete, salvo en la Escuela Antifascista de Valencia, única donde consta el toque de diana a las seis y media.

El régimen

La distribución del tiempo académico, pide un estudio comparativo de actividades y horarios. Las Escuelas «Nacionales», tal vez fuesen las únicas de régimen externo. El hecho de darse las clases en teatros debió condicionar el ser por la mañana, dejando la instrucción para la tarde, pero sin esa limitación, también en la E. P. G. de Infantería tenía por la tarde cuatro horas de instrucción. El mínimo tiempo dedicado a gimnasia –en la Escuela Antifascista no se hacía– era el de las Academias de Euskadi y Gijón, a razón de media hora diaria en la primera y una en días alternos en la segunda, que se alternaba con instrucción, récord mínimo de estas actividades en el conjunto de ambas zonas. El horario de clases era muy variable, como el de estudio, por la mañana, por la tarde y, con frecuencia, repartidos.

Es interesante observar los opuestos criterios pedagógicos de las Academias de Euskadi y Gijón, pese a ser ambas norteñas. La primera dedicaba casi un mínimo a clases y un máximo a estudio –con hora libre de diez a once de la noche, y otras dos obligatorias y una libre los días festivos, la de Gijón segunda daba máxima dedicación a las clases y casi un mínimo al estudio. No está claro si en algunas E. P. G. Había cinco horas de clase. En cuanto al paseo, en éstas no lo tenían –al menos Infantería y Artillería– más que dos días por semana, como las Academias nacionales del MIR, pero consta que en la E. P. G. de Transmisiones era diario, con tiempo para ida y vuelta en tren a Castellón, lo que pudo ser de seis a ocho;. En Bilbao se

daba en invierno de 13'00 a 15'00, extrañas horas, hasta el 15 de abril, en que pasaba a ser de 19'00 a 21'00. horas. Siendo tan variados los horarios, aun entre filiales de una misma Escuela, cada una razonaba ser su horario el más pedagógico, conveniente y provechoso.

También merece estudio la alimentación en los centros de enseñanza, aunque sin haber logrado las papeletas de comida «nacionales» falta el análisis organoléptico lo único científico de las minutas, base esencial de su valor calórico y proteínico, único modo de valorarlas con seriedad científica. La escasa proverbial de la zona «republicana» y el mero examen de papeletas, con dos y tres primeros platos, a veces sin ninguno de carne, huevos y aún sin pescado, ya tiene en sí suficiente elocuencia gastronómica. Pese a lo cual, en la Academia de Euskadi se cuidaba de dar merienda a los alumnos.

En zona nacional la comida era apropiada para estudiantes con intenso ejercicio físico y no había razón alguna para restringir cantidad, calidad ni variedad en las comidas. Por ejemplo, en el desayuno de la Academia de Tenientes de Toledo no faltaban las típicas migas con chorizo, o los churros los domingos, y postre de confitería. En las Escuelas Popular, tal vez por la escasez, se ven minutas. de anomalías muy extrañas. Incluso en la pulida y exquisita Academia de Euskadi, con demasiados platos «de entrada» –harto sentidos por los gastronómicos profesores y alumnos bilbaínos– sin caer en la miscelánea, ya el lector curioso comparará en el texto las llamativas papeletas y las razones de intendencia en que se basaban.

Los profesores

En cuanto a las profesores en las dos zonas, se trata pronto de evitar que quienes han de inculcar el espíritu y el honor militar a los alumnos puedan ser tachados de «emboscados», por lo cual se acude a nombrar profesores a mutilados, heridos o convalecientes. La Academia de Gijón fue la única que destinó oficiales de milicias como profesores; en cambio, lo mismo en la de Euskadi que en algunas de las E. P. G. hubo profesores civiles, cosa que no se dio nunca en las nacionales.

En cambio, las Academias del MIR tuvieron desde mayo de 1937 hasta el final de la guerra instructores alemanes e italianos. Los primeros por la razón apuntada de ser preciso recoger y utilizar a quienes vinieron con este fin para las disueltas Academias de Falange, siendo impolítico devolverlos a su patria. Fue, pues, una concesión forzada. Los italianos hubieron de encon-

trar iguales derechos, dada la emulación que mantenían con los alemanes, si no quiere llamarse rivalidad, que no lo sería.

El precedente alemán les hizo reaccionar, a la zaga siempre, reclamando un mínimo de participación como instructores en Academias de Artillería. En cuanto a los trece alumnos marroquíes admitidos y la posibilidad, no ejercitada al parecer, de que algunos extranjeros se hiciesen «oficiales provisionales», se trata asimismo de situaciones que la alta política obligaba a resolver también en concesiones mínimas. A los mandos del Ejército Popular no se les planteó un problema semejante y tan sólo los pilotos se formaron en escuelas extranjeras, como algunos de zona nacional, si bien la proporción fue de 2.000 de los primeros a 551 de los segundos.

En cuanto al número de profesores, no hay datos concretos de zona nacional. En las primitivas Escuelas, como la de Infantería de Burgos, no hubo más que un par de capitanes para las enseñanzas teóricas y prácticas de unos 250 alumnos; en otras no pasó de tres o cuatro, a lo sumo; término medio, tres. En las del MIR hubo ya doble cuadro: español, de unos cinco jefes y oficiales para las materias teóricas, y el alemán, de otros tantos oficiales instructores y suboficiales subinstructores. Total, unos quince.

En el Ejército Popular, la mayor nómina encontrada es de cuarenta oficiales entre profesores y auxiliares⁵² en la Escuela Antifascista de Valencia, amén de algún profesor civil, como había en la mayor parte de las demás escuelas. De las Populares de Infantería y Artillería valencianas no hay datos, pero podían ser muy bien el doble que en la de Transmisiones, con catorce profesores, veintiún auxiliares y once sargentos subinstructores; las Escuelas Populares de Guerra catalanas tenían trece profesores y once auxiliares la de Artillería, y diez profesores la de Infantería. En la de Euzkadi hubo primero seis profesores, como en la Popular de Bilbao, aumentando luego a nueve. La de Gijón tuvo trece profesores y once auxiliares⁵³. Un cuadro, aun con lo impreciso de algunos datos, permitirá mejor el examen comparativo:

Claro está que el número de por sí es poco expresivo, pues todo está en relación con las actividades de las escuelas y el número de especialidades que se abarcaban en ellas. No es comparable una Academia de Infantería del MIR con la Escuela. Popular de Transmisiones, ni ésta con la Antifascista, por la especialización de la segunda y el volumen de la tercera, de las tres armas e Intendencia. Para un estudio detenido y ponderado es preciso atender a todos los aspectos considerados en el texto.

⁵² Un Comisario, un Director, 17 de Infantería, 16 de Artillería, 4 de Ingenieros, 3 de Intendencia y alguno civil que no consta.

⁵³ Con un Inspector General, un Secretario General, un Director y un Jefe de Estudios.

Las Academias de Milicias

Las Academias de milicias de zona nacional apenas pasaron del proyecto. El sólo anuncio de la Real Academia Miliar de Requetés produjo su fulminante suspensión y el destierro del delegado de la Comunión Tradicionalista. En aquel decreto destacaba la creación de academias de campaña, simultáneas a las de retaguardia, en Pamplona, cosa que en el Ejército Popular se realizó en cierto modo en las escuelas de C. E. y División. En cualquier caso, su proyecto o creación fue posterior a las del Ejército, al revés que en zona roja. La idea de la Academia de Jefes de Centuria de F. E., la primera nació en la Junta de Mandos de Sevilla, el 6 de octubre de 1936, no un día antes de la convocatoria de Alféreces Provisionales, como por error se lee en el capítulo de *Academias de Milicias*, sino *al* mes siguiente de convocarse, el 4 de septiembre, y de publicarse la orden el día 7 de aquel mes.

Entre los dos cursos celebrados en las Academias de La Jarilla (Sevilla) y Pedro Llén (Salamanca) saldrían menos de cien jefes de centuria, tras lo cual también fue fulminante el cierre y la condena del jefe de la Junta Política de Falange.

En zona roja, las del Quinto Regimiento y la de Juventud. Socialista. Unificada. de Madrid fueron disueltas tras una vida breve, por órdenes gubernamentales de diciembre de 1936. En Valencia, la Escuela Antifascista fue antecedente y matriz de la E.P.G. del Centro. En Barcelona subsistió largo tiempo la de CNT-FAI, mucho más que la «Carlos Marx» y la Popular de Instructores de Guerra de Cataluña constituyó la solera, incluso con su título, de todas las Populares de Guerra. De ésta no quedan tantos datos como de la Antifascista de Valencia, que debió llegar a sedimentar un prestigio de organización y funcionamiento bien ganado en sus cuatro especialidades: Infantería, Artillería, Ingenieros e Intendencia. Sólo la de CNT-FAI tenía una especialidad que ésta no cultivase por separado, al distinguir entre Ingenieros y Transmisiones, cosa que se hizo habitualmente en el Ejército Popular y no de modo orgánico, al menos al principio, en el nacional, por la tradicional concentración de las técnicas del arma. En general, todas las Escuelas procuraron revestir la enseñanza del mayor empaque posible, tanto académico como profesional, con pocas excepciones un tanto demagógicas, como la de Gijón en alguna de sus épocas y ramas.

Las numerosas rivalidades que las tensiones políticas crearon en zona roja no podían menos de afectar a los oficiales de milicias, creándose una habitual tirantez entre éstos y los «tenientes en campaña», con prurito de profesionalidad, como la había también hacia los militares antiguos, por recelo de desafección a la causa revolucionaria. En zona nacional, la prudente

y eficaz unificación de milicias y el mando único por oficiales profesionales y provisionales –todos del Ejército, salvo excepciones mínimas–, evitaron el más pequeño roce. La tirantez subsistió en zona roja, incluso entre los directores de las dos Academias de Bilbao, como luego en las de Gijón, al replegarse aquéllas allí, con repercusiones inevitables entre sus alumnos y como consecuencia entre los oficiales formados en ellas.

Las promociones

La característica de «cursos breves y prácticos» del texto fundacional de los Alféreces provisionales, junto a la de su formación; «rápida y eficaz» del decreto inicial, estaba en el ambiente mismo de la necesidad de improvisar oficiales en ambos ejércitos contendientes, así como la provisionalidad, que de un modo u otro se confería a los empleos. El poco feliz título de «en campaña» que se daba a los nuevos tenientes del Ejército Popular, no hacía más que subrayar lo efímero de su nombramiento. No es de extrañar por eso que hubiese coincidencias de nomenclatura. En Gijón se utilizaba también la expresión de «rapidez y eficacia» al convocar los cursos, con el mismo sentido de la que inspiró el nacimiento de los «provisionales» y de acuerdo con ello, pese a los tres meses de curso que se proyectaron, se produjeron en realidad grandes promociones en poco tiempo, en proporción a su pequeño territorio. Tanto allí como en Euskadi, ya el 18 de diciembre de 1936 aparecen los nombramientos «con carácter provisional», sin que ello suponga imitación de lo que se hacía en la zona enemiga. El mismo Aguirre, en Bilbao, como luego Orgaz en zona nacional, llama a los alumnos «caballeros cadetes». También Orgaz llamaría a sus Academias «Escuelas de Campaña» al final de la guerra, cuando las populares han perdido su nombre para ser más asépticas y militares «Escuelas de Mando y Enseñanza». Pero aquella rapidez de la Escuela de Infantería de Gijón se produce en cursos que resultan más bien una ligera transformación militar de los oficiales ya promovidos en milicias o por otro sistema.

La regularidad y amplitud de promociones conseguidas en zona nacional no tienen equiparación posible en ninguna de las escuelas de zona roja, como tampoco la tienen la uniformidad lograda en el espíritu, el estilo y la actuación de los Oficiales Provisionales, sin ninguna traba política ni coacción que recuerde lo más mínimo a ejercida por los comisarios políticos. Constituye un caso especial la Academia de Euskadi, en la que al marcarse unas metas demasiado ambiciosas y un régimen exigente, se retrasó demasiado la inauguración por los exámenes de ingreso, y las promociones fueron lentas y exiguas, en cursos largos.

También se produjo en ambas zonas el problema de la escasez de plazo para que los aspirantes a oficial tramitasen su documentación, que tuvo en Gijón su máximo extremo al no concederse que cinco días para presentar las instancias. En zona nacional se resolvió ya en los primeros cursos de Burgos que los admitidos presentasen en mano la documentación y se anunciaron los cursos con mayor antelación, pudiendo los alumnos anticipar sus instancias por telégrafo. En zona roja, los intereses creados de partido, especialmente el comunista, mantuvieron esta posibilidad de ventaja durante toda la guerra, maniobrando con la anticipación privada del anuncio y el retraso de su publicación eficaz, para que nadie más que los previamente avisados tuviera tiempo de formalizar sus documentos y concurrir al curso.

Es de notar también la norma general del examen de ingreso en zona roja. En la nacional lo hubo en algunas promociones de Xauen, incluso de gimnasia –caso extraño– y luego, al reducirse las condiciones culturales, también en las Academias del MIR, avanzado el año 1938. Pero la norma general en el Ejército Popular venía impuesta por el carácter proletario del acceso al empleo de oficial, de difícil armonización con la cultura mínima indispensable.

Luego resultaba que los que aprobaban con facilidad eran los licenciados y bachilleres, perdiendo el curso quienes no tenían base suficiente, que venía a ser un 15 por 100 de los va admitidos como alumnos, después de la gran criba que podía suponer el examen previo. El porcentaje de suspensos en zona nacional era mucho menos y nunca llegaría a un 5 por 100.

Pese a la brevedad de los cursos, en zona nacional, como en la roja, en alguna ocasión, por causa de las operaciones, se anticipó el nombramiento de oficiales a un grupo de alumnos o a todo un curso. Ello debió ocurrir un par de veces en la Academia de Euskadi. De las del MIR, se sabe que para la batalla de Teruel salieron oficiales sin terminar el curso algunos alumnos de Fuencaliente, y no fue la única vez.

Los ascensos

La necesidad de un empleo más para los oficiales improvisados se hizo sentir inversamente a la de su creación. Así como los «tenientes en campaña» nacieron más bien por falta de oficiales de Artillería y los «alféreces provisionales» por la de Infantería, la necesidad de «tenientes provisionales» y «capitanes en campaña» para el mando superior tuvo signo contrario. El general Orgaz comunicaba desde el MIR la urgencia de dar mando de batería a los «provisionales» el 13 de abril de 1947.

Los «capitanes en campaña» debieron nacer en la Academia de Gijón, también en abril de 1937, pues la cuarta empezó a fines de mayo y la duración era de unos diez días. Fue la única Academia de zona roja que promovió capitanes y mayores «en campaña», con diez, doce y quince días a lo sumo, según las promociones, y si se mira a lo reducido de aquel Ejército asturiano, son muchos los promovidos para la necesidad de autoabastecerse, aunque en los cursos para mayores (comandantes) sólo catorce capitanes ascienden a tal empleo, pues para los ochenta y cuatro restantes el curso no supone más que una confirmación oficial de su anterior nombramiento más o menos oficioso, lo que ya ocurría en los cursos de capitanes, pero en proporción inversa, es decir, siendo más los ascendidos que los confirmados.

La supresión del empleo de alférez en zona roja hizo que los empleos «en campaña» fuesen los que correspondían a la unidad que iban a mandar: el teniente una sección y el capitán una compañía. En zona nacional la duplicidad de oficiales con mando de sección hizo posible que se cuidase más le necesaria restricción para no desorbitar los empleos o desvalorizarlos; el escalón del alférez al teniente evitaba un salto demasiado brusco para un oficial improvisado. El teniente «apto para el mando de compañía» suponía, como las habilitaciones, un ascenso, pero sólo moral, en mando, no en empleo, curiosamente opuesto a la antigua distinción militar entre grado y empleo. Por eso, siendo iguales los mandos en precario, al final de la guerra para los de batallón, en el Ejército Popular hay que crear «mayores en campaña», mientras que en el nacional bastan los «capitanes provisionales

Los muertos y los héroes

No existe estadística sobre los oficiales improvisados que murieron en uno y otro bando. Se ha hablado con notable exageración de los Oficiales Provisionales caídos, sin base alguna de cálculo, ni siquiera de meditación lógica. Al estudiarlo, anoté indicios encadenados con suficiente realismo para aceptar de momento que en la guerra no morirían menos de tres mil. De los «Oficiales en Campaña, no he visto nada escrito, pero pese a todo, no puede suponerse un número mucho mayor. Pudiera decirse que menos de tres mil Oficiales Provisionales y más de tres mil «Oficiales en Campaña».

En cuanto a las recompensas que suponen «valor heroico» o «valor distinguido», se detallan en los tomos oficiales, cómo el 1'6 por mil de los Provisionales ganaron la Cruz Laureada de San Fernando, y un 18'3 por ciento, la «Medallas Militar». Comparados con los totales de esas condecoraciones

otorgadas en aquella campaña, sus 15 Laureadas son el 21 % del total, y sus 363 Medallas Militares, el 30 % de las concedidas.

En «zona republicana» se concedieron 4 Laureadas de Madrid; 13 Placas del Valor; 5 Medallas de la Libertad; y 218 Medallas del Valor, en mis datos, aunque creo que es Azcárate, quien alude a 1.500 de éstas, —como título para considerarles «héroe oficial»— en su relación de jefes y comisarios distinguidos. A los «Oficiales en Campaña» no se les concedió ninguna de las primeras, y las 23 Medallas del Valor: de seis mayores, diez capitanes y siete tenientes: constituían un 9'5 por ciento de las grandes condecoraciones. La última la alcanzaban menos del 0'01 por 100 de los «Oficiales en Campaña, sin que tal recompensa exigiese, como la Medalla Militar, o su equivalente «Medalla de la Libertad», en «zona republicana», un expediente previo y contradictorio.

* * * * *

*Agradecemos a don **José Manuel Martínez Valdueza**, director de la **Editorial AKRON** en Astorga (León), que ha tenido la inapreciable generosidad de facilitarnos la composición, preparada para editar próximamente, de los libros «Alféreces Provisionales» y «Tenientes en campaña» (1975-1977), cuyo volumen asciende a un total de 884 páginas.*